

NOVELAS
DE GUERRA

PUNTO
ROJO

EL CHICO DE ORO

Clark Carrados



CLARK CARRADOS

El chico de oro

Colección PUNTO ROJO nº 978. Bruguera – ene/1981

CAPÍTULO PRIMERO

Había estado haciendo algunas preguntas en la vecindad, sin resultado positivo. Claro que no confiaba mucho en hallar por aquellos parajes a la persona a quien buscaba, pero, aun así, estimaba que valía la pena perder algo de tiempo.

Un tanto decepcionado, se disponía ya a volver a su coche cuando, de pronto, oyó una voz infantil a pocos pasos de distancia:

—¿Buscas a alguien?

Theo Barr se volvió. El chico le miraba con la sonrisa en los labios. Debía de tener siete u ocho años. Parecía inteligente y despejado, y era muy guapo, aunque no daba la sensación de ser un niño almibarado, y repelente. Tenía frescura y espontaneidad naturales y también parecía ser lo suficientemente travieso, si llegaba la ocasión.

—Sí, busco a una persona, pero no vivo por estos barrios. Tal vez tú la conozcas...

—No lo creo, yo tampoco vivo aquí —contestó el chico.

Barr arqueó las cejas.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —preguntó.

—Esperar.

—Ah...

—Sí, él me trajo aquí y dijo que le esperase cinco minutos. —El chiquillo señaló una casa situada al otro lado de la calle—. Está allí, pero hace ya más de dos horas que entró y empiezo a cansarme de aguardarle.

—Bueno, si está en esa casa, ¿por qué no has ido a llamarle?

—Me prohibió que lo hiciera. Dijo que no tenía que dejarme ver hasta que él me llamase; tenía que hacer no sé qué tratos... Dinero, me parece que dijo. «Bastante dinero, Ricky», sí, eso dijo. Yo me llamo Ricky, ¿sabe? Ricky Van Donnen es mi nombre completo —declaró el niño gravemente.

Barr le tendió una mano.

—Yo soy Theo —contestó—. Celebro conocerte, Ricky.

—Gracias, Theo.

Barr se volvió hacia la casa, que apenas si se podía ver a través de los árboles que la rodeaban.

—Ese hombre ¿es pariente tuyo? —preguntó.

—Oh, no. señor. Sólo amigo de mi padre. Pero mi padre está muerto y él dijo que cuidaría de mí... Vivo en su casa desde hace unas cuantas semanas... Theo, empiezo a tener hambre. ¿No tienes un poco de chocolate por los bolsillos?

—Lo siento, Ricky, pero hace tiempo que abandoné esa costumbre de llevar chocolate en los bolsillos. De todos modos, he visto cerca de aquí un puesto de hamburguesas. ¿Te apetece una, con limonada?

—Estupendo, Theo —exclamó el chico entusiasmado.

—Aguarda aquí, vendré en seguida.

Barr se preguntó por qué hacía todo aquello, pero, se dijo:

«Debe ser que tengo un corazón de oro.» Compró las hamburguesas y un vaso de limón para el chico y una cerveza para sí. Luego regresó al mismo sitio.

—Eres un tipo magnífico. Theo —dijo Ricky—. Oye, ¿tú sabes pescar?

—Pues claro, aunque ahora hace mucho que no voy de pesca. Pero años atrás, iba casi todos los domingos...

—Mi papá decía que me llevaría a pescar, pero nunca lo hizo. Un día se marchó y me dejó con el señor Barclay... ese que ha ido a la casa del otro lado de la avenida, ¿sabe?

Barr pensó que era indignante abandonar a un crío en mitad de la calle. Seguramente, el tal Barclay estaría en la cama con alguna fulana, pensando en el crío tanto como él pensaba en aquellos momentos ser presidente del Tribunal Supremo.

Ricky extendió la mano de pronto.

—Oye, ¿ése es tu coche?

—Sí. ¿Te gusta?

—Es precioso. Debe de correr mucho, ¿verdad?

—Hombre, si se le pisa, podría dar los doscientos cuarenta a la hora. Pero normalmente voy mucho más despacio. Si corres mucho con un buen coche, puedes acabar por no disfrutarlo, porque te estrellarías.

El día era nublado y amenazaba lluvia, por lo que Barr tenía puesta la capota de su automóvil. Sentíase contento del coche; un caso particularmente complicado y resuelto con éxito tiempo atrás, le había valido una excelente recompensa, lo que había servido para satisfacer uno de sus viejos anhelos.

Terminó la cerveza y lanzó la lata a una papelería próxima. Ricky hizo lo mismo con los restos de su comida. Luego meneó la cabeza.

—Empiezo a cansarme de esperar —se quejó.

—Mira —dijo Barr de pronto—, si te parece, iré a ver a ese señor Barclay y le diré que estás aquí, y que ya estás harto de aguardarle. ¿Qué me contestas?

Ricky sonrió.

—Eres un tipo magnífico, mucho mejor que Andy —contestó.

Barr le guiñó un ojo.

—Vuelvo en seguida, Ricky.

El chico le había caído simpático. Cruzó la amplia avenida, caminó a lo largo de un sendero privado y llegó a una verja de hierro, que aparecía entreabierta. Pasó al otro lado, siguió andando y alcanzó la puerta de la casa, un edificio de estilo antiguo, perfectamente conservado.

Había una cadena a la derecha de la puerta y tiró, para hacer sonar la

campanilla, pero nadie contestó a sus llamadas. Empezó a sentirse furioso.

—Los hay desaprensivos —masculló.

Alargó la mano y sacudió el picaporte. Entonces vio que la puerta no estaba cerrada con llave.

Empujó un poco y metió la cabeza por el hueco.

—¡Eh! ¿Hay alguien en la casa? ¿Está aquí Andy Barclay?

De pronto, se calló.

Había un hombre en el vestíbulo, sentado en un sillón, con la cabeza doblada sobre el pecho. Las cortinas de las ventanas estaban corridas, pero había la luz suficiente para ver la mancha roja en el centro de la pechera de su camisa.

—¡Demonios! —gruñó.

Avanzó unos pasos más, con la intención de comprobar si aquel sujeto era Barclay.

Entonces le pareció que se le caía el mundo encima y perdió el conocimiento.

* * *

Despertó pasado un buen rato y sacudió la cabeza, para alejar las ondas de dolor que parecían traspasarla de sien a sien. Arrodillado en el suelo, se frotó los ojos unos instantes. Luego comprobó el bulto que tenía detrás de la oreja derecha.

—Me han sacudido bien —gruñó.

Al cabo de unos momentos, se sintió mejor. De pronto, recordó el cadáver que había visto a su llegada.

Ya no estaba allí. Barr lo encontró completamente natural. El tipo que le había golpeado, se lo habría llevado...

Hizo un esfuerzo y se puso en pie. Luego abandonó la casa y recorrió el camino en sentido contrario. Respiró aliviado al ver que su coche estaba en el sitio donde lo había dejado.

Consultó el reloj. «Me atizaron de firme», murmuró. Había estado sin sentido casi dos horas. Ahora, lo que más necesitaba, era una ducha fría, una buena dosis de café y un par de analgésicos.

De pronto, se acordó de Ricky. El chico no se veía por ninguna parte. Sin duda, Barclay había vuelto y se lo habría llevado con él. Lo sintió de veras; Ricky le había gustado.

Arrancó y emprendió el regreso a su casa. Mientras conducía, tabaleaba con los dedos sobre el volante, siguiendo el compás de una melodía de moda. Entonces, sin saber por qué, volvió a acordarse del apellido del chico.

Le sonaba de alguna parte, de un suceso bastante ruidoso, pero no conseguía localizar el dato exacto en su memoria. Preguntaría a un amigo que tenía en la policía.

Media hora más tarde, cuando ya anochecía, llegó a su casa. Dejó el automóvil en el porche y, al apearse, vio algo en el asiento trasero. Respiró con fuerza.

—Por todos los dioses —murmuró.

Hecho un ovillo, con las manos juntas, Ricky dormía apaciblemente en el asiento posterior. Meneando la cabeza, a la vez que sonreía, Barr alargó las manos y lo sacó con infinito cuidado, procurando no despertarle.

Con el chico en brazos, fue hacia la puerta de su casa. Al llegar allí, se preguntó cómo sacar la llave del bolsillo sin soltar al chico. Pero alguien le solucionó el problema casi en el acto.

La puerta se abrió y una hermosa muchacha le dirigió una gran sonrisa.

—Hola —saludó—. El niño se ha dormido, ¿eh?

Barr parpadeó.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Harmony Studder y hace más de dos horas que le estoy aguardando, señor Barr. Pero no se quede fuera, hombre: entre ya.

Barr cruzó el umbral.

—Me gustaría saber lo que busca, pero en estos momentos no puedo atenderla, señorita Studder.

—Lo sabrá en seguida. Mientras, ¿quiere dejar que me ocupe de su hijo?

—No es mi hijo.

Harmony le miró sorprendida.

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿qué...?

—Me lo encontré en la calle.

Barr llevó a Ricky al diván de la sala y lo acostó allí. Harmony le siguió, llena de perplejidad.

—Se lo ha encontrado en la calle.

—Sí. Yo me encuentro muchas cosas en la calle. El otro día me encontré dos billetes de cinco dólares. Hace dos semanas, me encontré a otra persona abandonada, pero era una viejecita y la tiré a una papelera. Ya tenía muchos años y no servía para nada.

Harmony enrojeció.

—Se está burlando de mí —dijo.

Barr fue hacia una consola y empezó a manipular con una botella y dos vasos.

—¿Quién le ha dejado entrar en mi casa? —preguntó.

—Su asistenta. Vine poco después de las cinco y dijo que usted no tardaría mucho en regresar. Decidí esperarle.

—Cuando vea a Maisie, la voy a poner de patitas en la calle. No me

gusta que permita a ciertas damas que se queden en mi casa, buscando sabe Dios qué...

—¡Oiga! —exclamó ella, furiosa—. Yo no soy de esa clase de mujeres...

—Baje la voz o despertará al chico —gruñó él, a la vez que le entregaba un vaso—. Bueno, suéltelo y diga lo que sea.

—Quiero contratarle, señor Barr.

—¿Con qué objeto?

Harmony enrojeció.

Barr la miró maliciosamente. Ella se puso aún más encarnada.

—Sí —exclamó de pronto—. Me ha pasado. No soy la primera ni tampoco la última en tener una aventura con un hombre casado. Pero yo no lo sabía.

—Cuando un hombre casado se enreda en una aventura con una mujer, nunca lo dice —sonrió Barr—. ¿Qué le pasa con el tipo? ¿Tiene cartas y fotografías suyas?

—Sí —admitió Harmony, repentinamente desanimada—. Y amenaza con publicarlas.

—Chantaje, supongo.

Ella asintió.

—No sé cómo consiguió embaucarme —dijo—. Supongo que se dedica a eso y tiene experiencia. Pero me sacó cien mil dólares.

—Un buen golpe. ¿Qué más?

—Cuando supe que todo había sido un engaño, le reclamé el dinero. Se burló de mí y dijo que lo olvidase. Si insisto, publicará las cartas y las fotografías que tiene.

—Bueno, tendrá que resignarse a perder ese dinero... —De repente, Barr chasqueó los dedos—. Ahora caigo. Usted se llama Studder... Pesquerías y Conservas Studder. ¿No es cierto?

—Sí, es verdad.

—Y, claro, si el asunto se sabe en los elevados círculos en que se mueve, usted hará el ridículo más grande de su vida, y no digamos el señor y la señora Studder, tan pomposos y vanidosos ellos.

—Deje en paz a mis padres —dijo Harmony, furiosa—. Tengo ya años para saber lo que me hago...

Barr seguía sonriendo maliciosamente. Ella volvió a ponerse colorada.

—Bueno, a veces... me equivoco. Pero ese sujeto es un miserable y aún no le he dicho todo. Quiere otros cien mil más.

—Por las cartas y las fotografías.

—Exacto. ¿Quiere encargarse de recuperarlo todo?

Barr la examinó críticamente durante unos segundos. Era una muchacha alta, muy espigada, pero con curvas netamente femeninas. El pelo era dorado oscuro, como de bronce, y los ojos grandes, rasgados, tenían unas preciosas pupilas de color entre gris y verde.

—Lo intentaré —dijo al cabo.

—Gracias. Se llama Edgar Coster y vive en la Avenida de la Costa, ochocientos noventa y uno.

—Le cobraré trescientos diarios, más gastos. ¿Hace?

—Pensé que iba a pedirme más...

—Yo no soy un chantajista, señorita Studder.

—Dispense. Esto... —Harmony se mordió los labios—. Quiero añadir algo... Una de las fotografías... Estoy...

—Desnuda —sonrió él.

—Sí, pero no sé cómo lo consiguió. Aunque... hubo lo que hubo entre nosotros, nunca le di pie a... Hay fotografías mías en traje de baño, en el campo; incluso una en que estamos abrazados; la tomó con el automático de la cámara... Pero desnuda, no —añadió ella, muy furiosa.

—Se descuidaría usted —dijo Barr tranquilamente—. Bueno, veremos lo que hago. Déjeme su dirección y su teléfono; la llamaré apenas tenga noticias.

Harmony abrió el bolso y le entregó una tarjeta de visita. Entonces, Ricky dijo:

—Theo, ¿es tu esposa?

CAPÍTULO II

Barr volvió a la realidad en el acto. Ricky, sentado en el diván, les contemplaba con una encantadora sonrisa en su rostro ligeramente pecoso.

—No, no es mi esposa —contestó él—. Es la señorita Harmony Studder. Señorita, le presento a Ricky Van Donnen, un buen amigo mío.

Ricky se levantó, atravesó la sala y, con gesto lleno de gravedad, estrechó la mano de la joven.

—Encantado de conocerla, señorita —dijo. Se volvió hacia Barr—. Es muy guapa, ¿sabes?

—Sí, lo he notado —rió Barr. Recordó algo—: Ricky, ¿cómo se te ocurrió meterte en mi coche?

—Estaba cansado de esperar. También tú dijiste que volverías pronto y no fue así. Por eso me metí en el coche y me quedé dormido.

—Lo siento, no fue mía la culpa.

—¿Encontraste al señor Barclay?

Barr dudó un momento.

—No, no estaba en la casa —dijo al cabo.

—Menudo problema —exclamó el chico—. ¿Qué voy a hacer yo ahora? No tengo a nadie; mi único amigo era el señor Barclay y papá me dijo que nunca me separase de él y que le obedeciese en todo lo que me mandase. ¡A saber dónde estará ahora!

Barr pensó en el hombre que había visto muerto en el vestíbulo de aquella casa. Si era Barclay, resultaba fácil saber dónde estaba.

—Mira, no te preocupes —dijo—. Ahora estás conmigo y tengo una habitación estupenda para que puedas pasar la noche sin problemas. Antes, sin embargo, nos haremos la cena, ¿eh?

—¿Es que el padre de ese niño está ausente de la ciudad? —preguntó Harmony.

—Ha muerto —contestó Barr.

—Oh...

—Mi mamá murió cuando yo nací —dijo Ricky—. No la conocí, claro. Otros chicos tienen madre y me dan mucha envidia...

A los bellos ojos de Harmony asomaron unas lágrimas.

—Pobre muchacho —musitó.

—Está bien. Ricky —exclamó Barr—. Vamos a la cocina y nos prepararemos una buena cena. Con su permiso, señorita Studder.

Harmony echó a andar resueltamente hacia el lugar indicado.

—Yo me ocuparé de la cena —manifestó.

—Encontrará algo a faltar —advirtió él.

—¿Qué, señor Barr? —preguntó Harmony, desde la puerta de la cocina.

—Conservas Studder. No es mi marca preferida.

Harmony lanzó un bufido. Barr se echó a reír. Luego acarició los rubios cabellos del chico

—Ricky, esta noche dormirás en casa —dijo—. Mañana, ya veremos lo que se hace contigo. Presiento que el señor Barclay va a tardar mucho en volver.

—No me importa. Yo estaba con él porque lo había dicho papá. Pero era un tipo muy... Le gustaba beber, ¿sabe? Y hasta creo que se pintaba, como las mujeres.

Barr respingó. Ricky continuó:

—A veces, venían amigos suyos a su casa. El señor Barclay decía que venían a asuntos de negocios y se encerraban en su dormitorio. Uno de esos hombres sí se pintaba: lo vi yo, cuando salía de su habitación. El señor Barclay se enfadó muchísimo con él...

Barr sintió náuseas. ¿Qué clase de hombre había sido Van Donnen, capaz de encomendar su hijo a un degenerado como Barclay?

—Bueno, ya veremos la forma de cuidarte mejor que el señor Barclay —dijo.

—Tú eres mucho mejor —sonrió Ricky—. Me gustaría quedarme contigo para siempre. Así me llevarías a pescar... —Suspiró—. No sabes lo que me gustaría pasar unos días, a la orilla del río, con una tienda de campaña...

Barr se sintió repentinamente enternecido.

—Puede que lo hagamos el próximo fin de semana. Ricky —contestó—. ¿Vamos a cenar?

Harmony estaba junto a la cocina, con el delantal puesto.

—He oído lo que decía Ricky —exclamó, sin volverse siquiera—. Es una vergüenza, señor Barr.

—Por fortuna, el chico no está contaminado —dijo él.

—Sí, es una suerte —convino la muchacha—. Ricky, supongo que te gustan las patatas fritas. ¿Qué me dices de un buen plato de crema?

El chico palmeó alborotadamente.

—Eres estupenda. Harmony. Merecerías que Theo se casara contigo —exclamó.

Ella se sonrojó.

—El señor Barr y yo solamente tenemos relación de negocios —contestó.

—¡Oh, qué lástima! Había pensado que podríais casaros y yo me quedaría con vosotros y así tendría padres...

Barr se rascó la cabeza con perplejidad.

—Menudo problema —murmuró—. Menos mal que tengo quien mañana me ayudará a resolverlo.

—¿Quién? —preguntó Harmony.

—Mi hermana Rosalee. Está casada y tiene ya cuatro niños. Por tanto,

le sobra experiencia para estos asuntos.

—¿Aceptará ella cuidar de Ricky?

—Puede tenerlo por seguro —contestó el joven firmemente.

* * *

—El chico está durmiendo todavía, Rosalee —dijo Barr a la mañana siguiente—. Es un compromiso para mí.

—Comprendo —dijo la hermana del joven—. Pero es que yo también tengo mi trabajo, tú lo sabes. ¿Por qué no se lo dejas a Maisie, tu asistenta, y me lo traes a las cinco? Ahora yo tengo que salir inexcusablemente...

—Está bien, te lo llevaré a las cinco. Gracias, hermana.

—De nada, hombre. Oye, has dicho que se llama Van Donnen.

—Sí.

—Su padre murió hace poco.

—Eso dice él

—Sí, murió en la cárcel.

—¡Rayos!

—Theo, ¿es que no recuerdas el caso Van Donnen?

Barr abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Claro! —exclamó—. El cajero que desfalcó un millón de dólares, que jamás han sido encontrados y que prefirió ir a presidio antes que decir dónde había escondido el dinero.

—Exacto. Ese fue el padre de Ricky.

—Él no sabe nada, hermana. Y será mejor que siga ignorándolo.

—Sí, de acuerdo. Bueno, tráelo a las cinco, ¿eh? Y no te preocupes: donde hay cuatro chicos, una más no se notará.

—Gracias, Rosalee. Saluda a tu esposo de mi parte.

Barr colgó el teléfono y meditó unos instantes. Maisie, la asistenta, acababa de llegar. Pasados unos momentos, habló con ella. La mujer prometió ocuparse del chico.

—Me recuerda a mi Sammy, cuando tenía sus años —suspiró Maisie—. Y ya ve, Sammy tiene ahora tres críos...

Barr sonrió y palmeó la mejilla de la mujer. Luego salió de la casa, subió a su coche y arrancó en dirección a la casa del sinvergüenza que quería explotar el filón de oro que era una rica heredera, guapa, pero tonta.

Coster estaba casado, le había dicho Harmony. Barr empezó a pensar que era probable que su mujer tomase también parte del negocio. Incluso era posible que ella hubiese tomado la fotografía de Harmony desnuda. Lo tendría en cuenta llegado el momento de la entrevista.

Media hora más tarde, avistaba la casa de Coster, situada no lejos de los acantilados. Era un edificio bastante bonito, aunque se veía claramente que necesitaba de ciertos cuidados. Paró el coche, saltó

fuera y avanzó hacia la casa. Después de llamar a la puerta, aguardó unos momentos.

Al fin, un hombre abrió y le miró con curiosidad.

—¿Qué desea? —preguntó.

—¿Es Edgar Coster?

—Sí. Oiga, si viene a venderme un seguro...

Barr disparó el puño izquierdo y lo hundió en el estómago del sujeto. Luego lo agarró por los cabellos, tiró de su cabeza hacia abajo y levantó la rodilla. Coster rugió y saltó hacia atrás, con los brazos abiertos y la nariz ensangrentada.

Barr entró en la casa, cerró de un taconazo e, inclinándose sobre el individuo, lo llevó a un diván, en donde lo dejó, entregado a contener su hemorragia nasal. Luego vio un antiguo escritorio de persiana y se fue hacia el mueble.

Estaba cerrado con llave. No se inmutó. Fue a la cocina, buscó un cuchillo y regresó a la sala.

Coster lanzó una maldición. Barr estiró la mano armada y el sujeto se asustó.

—Si te mueves, disparo... Oh, no, esto no es una pistola —rió el joven —. Quise decir «te pincho».

La cerradura de la persiana saltó muy pronto. Barr revolvió todos los papelotes que había allí, sin encontrar nada interesante. Luego empezó a abrir los cajones, también cerrados con llave.

Un minuto después, encontró un paquete, envuelto en papel de embalar y sujeto por una cinta de seda. Encima del papel había escrito un nombre. Harmony Studder.

Desenvolvió el paquete. Lo primero que vio fue la fotografía de la muchacha desnuda.

Estuvo contemplándola unos momentos. Había algo extraño en aquella fotografía, aunque, de momento, no sabía de qué se trataba. Luego se volvió hacia el chantajista.

—Aquí falta algo —dijo—. ¿Dónde están los negativos?

Coster se pasó el pañuelo por la nariz.

—No los tengo —contestó.

—Bueno, dime dónde están. Los necesito.

—No se lo diré...

—Mira, idiota, no me hagas perder el tiempo. Eres un conquistador profesional y los de tu clase necesitan cierta herramienta imprescindible o, de lo contrario, se dedicarían a vender aspirinas. ¿Quieres que use el cuchillo?

Coster se asustó. A pesar de su impresionante fachada, era un individuo pusilánime, advirtió Barr.

—Oiga, no irá a hacerme una salvajada semejante...

—Si no hablas, te los corto.

—Está bien. Los tiene Homer Zardo. Me... me los pidió y se los vendí.

—¿Quién es Zardo?

—Tiene una revista semanal. *The Weekly Nature*. Vende bastantes ejemplares.

Barr entornó los ojos. Creía haber oído algo acerca de aquella revista y de su propietario... De pronto, encontró la solución.

—El ecologista —exclamó.

—Sí. Me pagó bien y, qué diablos, encuentro nobles sus fines.

Barr contuvo una maldición. Aquel rufián encontraba nobles los fines de un tipo empeñado en la conservación de la naturaleza mediante el chantaje.

—Me llevo las cartas y las fotografías —decidió al fin—. Ella consiente en perder los cien mil dólares que te prestó, pero olvídate de los otros cien mil, ¿estamos?

Coster asintió en silencio. Barr se encaminó hacia la puerta. Junto a la entrada había una consola, con una fotografía de una mujer bastante atractiva, aunque ya algo madura. La fotografía tenía marco de plata. Ella aparecía en una postura provocativa, mostrando un espléndido escote.

—¿Tu mujer? —preguntó.

—Sí.

—Es curioso. ¿Por qué no está en casa ahora?

—Está... Bueno, ¿qué diablos le importa a usted? —contestó Coster de mal talante.

Barr movió la cabeza.

—Sois tal para cual —dijo—. Seguro que tu mujer está acostada con algún tipo, al cual le haréis chantaje más adelante. Bueno, si fallo con Zardo, vendré a verte y emplearé el cuchillo donde tú ya sabes.

Todavía lo tenía en la mano. Movié esta centelleantemente y el cuchillo silbó en el aire. Al clavarse en la pared, justo detrás del sujeto, hizo un seco chasquido. Coster respingó, aterrado. Riendo insultantemente, Barr abandonó la casa y volvió a su coche.

Ahora tendría que enfrentarse con Zardo, pensó; y presentía que el director del semanario ecologista iba a ser un tipo mucho más difícil que Coster.

Entró en el coche. Apenas se había acomodado en su asiento, sintió en la nuca el frío cañón de una pistola.

—¿Dónde está? —preguntó el desconocido.

CAPÍTULO III

Las manos de Barr se crisparon sobre el volante. Permaneció inmóvil, sabía que cualquier gesto podía costarle la vida.

—No sé a quién se refiere, amigo —dijo.

—Lo sabe muy bien. El chico.

—Ah. Ricky Van Donnen.

—Justamente. ¿Dónde está?

—¿Quiere verlo?

—Quiero llevármelo.

—Pero usted no es su padre.

—Lo admito —contestó el otro cínicamente—. Usted tampoco, me parece.

—Seguro. De modo que quiere llevarse el chico.

—Se lo he dicho ya. Vamos, ponga en marcha este trasto y no me gaste ninguna jugarreta. Tengo muy malas pulgas, sabe.

—Muy bien. Nos costará un poco. Lo tengo escondido fuera de la ciudad.

—Me lo suponía. Bien, allí es donde vamos ahora. Oiga, no quiero que la gente vea la pistola, pero le estaré apuntando constantemente. ¿Entendido?

—No lo olvidaré ni un instante.

Barr hizo girar la llave de contacto. El motor arrancó. Inmediatamente, tocó una tecla y la capota empezó a replegarse hacia la zaga. El sujeto de la pistola se sobresaltó un instante y, tranquilizado, soltó una risita.

—Tiene un buen coche —elogió.

—Me gusta disfrutar del dinero —respondió Barr—. Por favor, ¿tiene usted algún nombre?

—Llámeme Clint, es suficiente.

—Muy bien, Clint. ¿Conocía usted a Andy Barclay?

El pistolero se sobresaltó. Barr lo notó a través del retrovisor.

—¿He dicho algo inconveniente?

—No conocía a ese sujeto —gruñó Clint.

«Pero miente», pensó el joven.

Al cabo de unos momentos, Clint pasó la mano por el tapizado del asiento posterior.

—Cuero legítimo —dijo.

—Sí. Las cosas o se hacen bien o no se hacen.

—Y el motor debe de ser una maravilla.

«Este coche tiene también otras maravillas. Pronto tendrás ocasión de comprobarlo», se dijo Barr.

—Psé, casi un fórmula uno. Puede alcanzar los doscientos cuarenta sin apretar demasiado.

—Los hay con suerte —comentó Clint.

—Es que hay que buscarla, amigo. Oiga, ¿qué le pasa a Ricky?

—Eso no es cuenta suya —Clint había vuelto al tono seco y distante—. Límitese a llevarme donde está; lo demás es asunto mío.

—Muy bien, como guste. Oiga, si quiere beber, detrás del asiento delantero derecho tiene un compartimento con botellas.

—No bebo, gracias.

—¿Radio? ¿Televisión?

—¡Cállese! —gritó el sujeto, exasperado—. Lo único que quiero es llevarme a Ricky cuanto antes, ¿estamos?

—Sí, señor —dijo el joven muy serio.

—Y no se le ocurra saltarse un semáforo, para que nos detenga una patrulla, porque también te pegaré un tiro.

—¡Caramba, no me deja usted ninguna salida! —se quejó Barr.

Clint soltó una risita.

—Tengo experiencia —dijo, orgulloso.

—Me lo supongo. Oiga, por casualidad, ¿busca a Ricky por el asunto del millón de «pavos» que escondió su padre?

—¿Quién se lo ha dicho? —bramó el pistolero.

—Hombre, uno es del oficio... Quiero decir que fue una noticia que hizo bastante ruido en su día...

—Mire, será mejor que se calle de una maldita vez. Empieza a ponerme nervioso y cuando me pongo nervioso, el dedo me tiembla sobre el gatillo. Piénselo bien y cierre su condenada boca de una vez.

—Dispense, no volveré a hacerlo más.

Barr continuó conduciendo con notables precauciones. A poco, empezó a tararear una vieja melodía, cuyo compás acompañaba con golpecitos de los dedos sobre el aro del volante. Un cuarto de hora más tarde, vio el ámbar de un semáforo, casi en las afueras de la ciudad, y frenó suavemente, para detenerse justo cuando se encendía el rojo.

Instantes después, otro coche se detenía en el mismo sitio. Su conductora miró hacia la derecha, vio a Barr e hizo un gesto de sorpresa.

Barr simuló no haberla visto. Harmony llevaba también un coche descapotable, de color blanco. El rojo se apagó, surgió el verde y Barr pisó el acelerador nuevamente.

Al hallarse en la autopista, aumentó la velocidad. Clint se inclinó hacia él.

—Esa chica, la del descapotable blanco... ¿La conoce?

—No —contestó Barr.

—¿De veras?

—¿Quiere que me ponga de rodillas y se lo jure por mi madre?

—Lo que quiero es que no me tome el pelo. Nos está siguiendo.
—No lo creo, debe ser una casualidad.
—Bien, creo que pronto lo veremos. ¿Cuánto falta para llegar al sitio donde tiene al chico?
—En seguida tomaremos la próxima salida, no se preocupe.
Clint miró por el retrovisor. Sí. Harmony iba tras sus huellas. «Esa loca...», masculló para sus adentros.
Unos minutos después, tomó la salida de la autopista. Harmony le imitó puntualmente.
Ahora estaban en una carretera secundaria, de poco tránsito. Súbitamente, Clint le dio una orden:
Rápido, métase por esa desviación!
Barr divisó un camino sin asfaltar, que se adentraba por la ladera de una colina. Hizo girar el volante y el coche obedeció con docilidad.
—Ahora, esa maldita curiosa, voy a darle... —dijo Clint rabiosamente.
Y, en el mismo instante, notó que el asiento subía velozmente hasta situarse a más de un metro por encima del conductor. Un chillido de pánico brotó de sus labios, pero antes de que tuviera tiempo de reaccionar, el asiento se inclinó hacia atrás y cayó sobre el maletero, de donde rodó al suelo aparatosamente.
Barr «clavó» el coche en el suelo, abrió la portezuela y corrió hacia el sujeto que parecía conmocionado, aunque sin haber perdido el conocimiento. En el mismo instante, se oyó el agudo chirrido de unos frenos aplicados a fondo.
Harmony saltó de su coche y corrió hacia él. Aunque torpemente. Clint podía moverse y empezó a arrastrarse hacia su revólver. Barr lo alejó de un puntapié, lanzándolo a unos arbustos cercanos. Luego sacó el suyo y encañonó al pistolero:
—¡No te muevas!
Clint lanzó un hondo suspiro y se sentó en el suelo, con las manos en alto.
—Es una sucia jugada —se lamentó.
—Sí —rió Barr—. Hola, Harmony.
—¿Cómo está, Theo? —dijo ella.
—Ya puede ver, de palique con este amigo, que va a decirme por qué quiere llevarse a Ricky.
—Ni lo sueñe —contestó Clint—. No pienso hablar, se lo juro.
—Ya me pareció que algo no iba bien cuando le vi en el semáforo con este tipo —dijo Harmony—, Por eso decidí seguirle.
—Es usted muy buena observadora —contestó él—. Por favor, ¿quiere apartarse a un lado? No me gustaría que los sesos de este tipo le salpicasen la falda.
Harmony chilló y dio un salto lateral. Clint se puso lívido.
—Oiga, no irá a...

Barr apuntó con todo cuidado, guiñando el ojo izquierdo.

—Tienes exactamente cinco segundos para contestar a varias preguntas —dijo—. Ella dirá que intentabas atracarme y que yo me defendí, ¿no es cierto. Harmony?

—Por favor, no dispare —dijo ella—. Usted no es un asesino...

—Cuando me enfado, me vuelvo un tigre —contestó Barr—. Vamos, habla o te salto la tapa de los sesos. ¿Quién te envió a buscar a Ricky? Clint había perdido la moral por completo.

—Mi... —Tragó saliva—. Mi jefe. Se llama Goro Hebbell...

—No tengo el honor de conocer a tan distinguido canalla, pero, dime, ¿por qué quiere a Ricky?

—Goro le llama el chico de oro. Dice que sabe dónde hay escondido un millón de dólares.

—Conque es eso —murmuró Barr, mientras Harmony lanzaba una exclamación de asombro—. El millón que desfalcó su padre.

—Sí. Y creo que Goro tiene razón...

—Basta, no sigas. ¿Cómo te enteraste de que yo tenía al chico?

—Alguien se lo dijo al jefe, no me pregunte quién fue.

—¿Sabes quién lo mató?

Clint apretó los labios. Barr no quiso insistir: era asunto de la policía, se dijo.

—Muy bien, Clint, creo que ya hemos hablado lo suficiente. Harmony, dé la vuelta al coche y aguárdeme en la salida de este camino. Hablaremos en otro sitio y no quiero que este idiota sepa dónde vamos a reunimos.

De pronto, se echó a reír. Harmony le miró extrañada.

—Ha cantado como un canario en celo —dijo el joven burlonamente. Agarró el cañón del revólver con dos dedos y lo curvó sin dificultad, soltándolo a continuación—. Es de goma, estúpido.

Clint lanzó un rugido al saberse engañado y se puso en pie de un salto, lanzándose a continuación en busca de su revólver. Barr lo siguió unos cuantos pasos y le arreó un tremendo patadón en las posaderas, que lo proyectó al interior de los arbustos. Los chillidos de Clint, al sentirse herido por infinidad de espinas, torturaban los oídos.

Barr volvió a su coche y maniobró para volver por el mismo sitio. Harmony estaba ya en el suyo; dejó que el joven le rebasara y le siguió hasta una gasolinera situada a unos veinte kilómetros. Entonces, buscaron un rincón discreto en la cafetería y se sentaron ante una mesa.

—¿Café? —sugirió él.

—Sí, café —sonrió la muchacha.

* * *

Harmony prendió el cigarrillo en la llama del encendedor que sostenía

el joven y, tras expulsar el humo, dijo:

—Confieso que nunca me he sentido tan asombrada en mi vida, como cuando vi volar al pistolero por los aires. Cuénteme cómo funciona ese truco, digno del coche de James Bond.

—Es bien sencillo —explicó él—. Hace un año, aproximadamente, me vi en una situación parecida. No pude eludir la amenaza y los tipos, eran dos, me llevaron a un lugar solitario y me dieron una buena paliza. Entonces, me prometí a mí mismo que no volvería a pasarme nada semejante.

—Comprendo —sonrió ella—. Le instalaron el mecanismo...

—Tengo un buen amigo, magnífico ingeniero, y le pedí que lo diseñara. Créame, es la primera vez que lo pruebo.

—Dio un resultado fantástico. Pero eso significa que usted anda siempre en aventuras peligrosas...

—No lo crea. No siempre estoy liado con pistoleros y matones. La mayor parte de las veces, son investigaciones de pura rutina. Y lo suelen hacer mis ayudantes. Yo coordino las operaciones, estudio los informes, elaboro los planes y procuro llegar con éxito al resultado final.

—¿Le gusta su profesión?

—Al menos, no estoy sentado ocho horas en una oficina. Oh, por cierto, tengo algo para usted.

Metió la mano en el bolsillo y sacó algo que puso encima de la mesa. Deliberadamente, desenvolvió el paquete, con lo que la fotografía del desnudo quedó a la vista en primer lugar.

Harmony la tapó rápidamente con una mano.

—No mire —dijo, roja como una guinda.

—En su lugar, yo no me sentiría avergonzada —indicó él.

—Estoy retratada en traje de Eva...

—Pero ¿no se ha fijado en que esa fotografía sólo el rostro es suyo? Es una composición fotográfica, mujer.

Harmony tenía los ojos muy abiertos.

—¿Se lo dijo «él»?

—Salta a la vista —Barr tiró de la fotografía y la puso vertical, frente a la muchacha—. Fíjese, bien en... en el pecho. Ella es mucho más desarrollada que usted.

Harmony volvió a ponerse colorada.

—Yo lo tengo tapado —dijo.

—Sí, pero salta a la vista —insistió él—. Además, ella es ligeramente más baja y las caderas tienen unos contornos mucho más opulentos. En resumen, Edgar es un sinvergüenza, pero su amigo Zardo, que es quien tiene los negativos, aún es mil veces más.

Harmony se puso rígida.

—¿Ha dicho Zardo? ¿El director de *The Weekly Nature*?

—Sí. ¿Qué pasa, lo conoce?

Ella puso un codo sobre la mesa y apoyó la mejilla en la mano, con ademán de abatimiento.

—Es lo que nos faltaba —dijo desmayadamente—. Nada ni nadie podrá evitar la publicación de las cartas y las fotografías.

CAPÍTULO IV

Barr se sentía lleno de perplejidad. Llamó al camarero y le encargó dos whiskies. Luego se encaró con la muchacha.

—A ver, dígame, qué pasa con Zardo —pidió.

—Es un encarnizado enemigo de papá, bueno, de su empresa. Se ha erigido en defensor de ecologistas y publica tonantes artículos, diciendo que la flota pesquera Studder infringe todos los reglamentos, que los barcos emplean artes prohibidas, que no respetan las vedas... Incluso va a demandar a papá, por vigilancia ilegal y violación de los derechos de la vida privada... Y si ahora tiene las cartas y las fotografías en su poder...

—Sólo los negativos —puntualizó él. Llegó el whisky y puso un vaso en manos de la muchacha—. Pero usted me encargó recuperar todo y eso es lo que haré. De Coster ya puede olvidarse, aunque vamos a dejar que se quede el dinero que le prestó. Posiblemente, no ganaría nada con una demanda judicial, salvo publicidad, y no en sentido positivo. Ya no tiene que pagarle los otros cien mil y, en cuanto a Zardo, déjelo de mi cuenta. Yo sé cómo entenderme con esos tipos.

Harmony trató de sonreír.

—La verdad, en los últimos tiempos no he hecho más que cometer tropiezos...

—No se preocupe; el caso es que no vuelva a tropezar. Guarde las cartas, pero déjeme la fotografía del desnudo.

—Está bien.

Un coche grande, negro, llegó en aquel momento, rodando en absoluto silencio, y se detuvo en las inmediaciones de la cafetería, Barr lo observó distraídamente y luego volvió a enfrentarse con la muchacha.

—Apuesto a que ahora se siente mejor —sonrió.

—Un poco —contestó ella—. Theo, tiene usted la virtud de volver los ánimos a las personas deprimidas.

—Los dolores de cabeza no son nunca eternos —filosofó el joven alegremente.

Harmony se inclinó de pronto hacia él.

—Oiga, ¿qué pasa con Ricky? —preguntó—. ¿Cree que es cierto que sabe dónde escondió su padre un millón de dólares?

—No lo sé. Esta noche intentaré tantearle, cuando vuelva a casa. Pero, a juzgar por lo que he visto hasta ahora, puede que sea cierto.

—Quizá su padre robó el dinero para él.

—Si fuera así, habría que... Bueno, no creo que entienda mucho todavía de cierta clase de asuntos. Sin embargo, convendría que lo olvidase.

—¿Quiere que vaya yo a su casa luego, Theo?

—No hay inconveniente —accedió Barr.

De pronto, vio algo que llamó su atención.

—Eh, mire quien viene —exclamó.

Un enorme camión de carga acababa de detenerse en aquel momento. Por el lado derecho se apeó un hombre, con la cara llena de arañazos, el traje sucio y desgarrado por algunos sitios y una expresión de fastidio claramente visible. Clint agitó una mano en dirección al conductor del camión y luego se encaminó a la cafetería.

—Viene hacia aquí —se aterró Harmony.

En el mismo instante, un hombre se apeó del coche negro y dio dos pasos en dirección al pistolero. Clint le vio y el pánico apareció en sus facciones.

El otro tenía ya un revólver en la mano. Fríamente, a dos pasos de distancia, abrió el fuego.

Clint saltó hacia atrás, sin caer. Otro proyectil sacudió su cuerpo violentamente. El tercero le hizo girar en redondo. Cuando caía, la cuarta bala le alcanzó en la nuca, haciéndole dar un tremendo salto hacia adelante. Cayó al suelo y no se movió más.

El asesino regresó al coche negro, que arrancó en el acto a toda velocidad. Antes de que los atónitos espectadores de la escena pudieran moverse, el vehículo había desaparecido ya.

Barr alargó una mano y asió la muñeca de Harmony.

—Procure tranquilizarse —dijo—. Cálmese, domine sus nervios. La policía vendrá pronto. No diga en absoluto que conocíamos a Clint. ¿Lo ha entendido?

Harmony hizo un esfuerzo.

—Sí. Procuraré... Haré lo que me dice...

—Buena chica —sonrió Barr. De pronto, endureció el gesto—. Esto me gusta cada vez menos, Harmony.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Sospecho que Goro Hebbell no es el único que va en pos del chico de oro —dijo Barr sombríamente.

* * *

Cuando llegó a su casa, pasaban ya de las siete de la tarde. Harmony estaba en el jardín, lanzando una pelota de «base-ball» a Ricky. El chico gritó jubilosamente al verle.

—¡Theo! ¿Dónde has estado metido todo el día? Ella hace más de dos horas que te aguarda. ¿No sabes que es descortesía hacer esperar a una dama?

—He tenido trabajo, muchachito —contestó Barr—. Lo siento mucho; quería haber vuelto antes, pero me ha sido imposible. Y eso mismo vale también para la dama que me está aguardando.

Harmony sonreía.

—No se preocupe; los dos lo hemos pasado muy distraídamente —contestó.

—No he encontrado a Zardo —dijo él—. Sin embargo, he podido averiguar el momento más propicio para hablar con él. Mañana iré a visitarle.

—Lo he comentado con papá. Está de acuerdo en lo que haga usted, siempre que no se salga de la legalidad.

—Nunca lo hago, a menos que tenga unas razones muy poderosas, lo cual no es el caso de Zardo. Ricky, creo que sería hora de que fueses a lavarte las manos para cenar.

—Está bien —contestó el chico.

Ricky entró en la casa. Barr meneó la cabeza.

—No sé qué hacer —dijo—. Iba a llevarlo a casa de mi hermana Rosalee, que tiene cuatro chicos..., pero, tal como están las cosas, no quiero ponerla en apuros. El chico está siendo buscado por ciertos elementos del hampa, es cierto.

—Entonces, sabe dónde está el millón de dólares.

—¿Le ha sondeado?

—Eso es algo que se tiene que hacer sin prisas, en una conversación casual..., por ejemplo, pasado mañana. Me lo llevaré el fin de semana a pescar. Serán dos días y tendremos tiempo de todo.

—Buena idea —aprobo ella, sonriendo.

—He oído comentarios por ahí. El tipo que mató a Clint, cuyo apellido era Kotts, actuó, según parece, en beneficio de un sujeto llamado Carleton Ames. Un pez gordo del hampa.

—El cual busca también el millón de dólares.

—Sí. Parece ser que la muerte de Kotts ha sido como una especie de advertencia para Hebbell, a fin de que abandone el caso. Bien, por el momento, lo principal es preservar a Ricky de ciertas influencias nada beneficiosas y haré todos los posibles por conseguirlo. Y ahora, si no tiene inconveniente, voy a preparar la cena...

—Compré provisiones cuando venía hacia aquí —sonrió ella—. Hay conservas Studder. ¿Le importa?

Barr se echó a reír.

—Una lata no vale tanto como las manos de la cocinera —respondió jovialmente.

Entraron en la casa. Ricky salió a su encuentro.

—Oye, si no es tu novia, ¿por qué pasa aquí tanto rato? —preguntó.

—Eres tú quien la atrae, Ricky —contestó el joven—. Por cierto, mañana iremos a comprarte ropas adecuadas. ¿Te gustaría pasar un fin de semana, pescando y bajo una tienda de campaña?

Ricky palmoreo entusiasmado.

—¡Es la ilusión de mi vida! —gritó—. ¿Me llevarás, Theo?

—Eso está hecho, Ricky.

—¿Vendrá ella?

Harmony contemplaba la escena a un par de pasos de distancia y se sonrojó.

—Lo siento, pero tengo otros compromisos —respondió la joven.

—Bueno, ya te contaré a la vuelta cómo lo he pasado. Theo, eres un tipo estupendo. Francamente, me gustarla que me adoptases.

Barr se puso serio. Harmony le miró un instante y luego se marchó a la cocina.

El joven permaneció silencioso durante unos instantes. Luego puso la mano en la cabellera del chico.

—Ricky, ¿echas de menos a tu padre? —preguntó.

—No sé. Casi no lo he conocido... Yo era muy pequeño, cuando se marchó de viaje... Primero estuve en casa de una hermana suya, pero se cansaron de mí... Luego me recogió el señor Barclay... No sé qué es tener una casa propia, ni un padre que me lleve a pescar o al fútbol...

Barr dio un par de suaves palmadas en la mejilla del chico.

—Quizá eso se arregle algún día, Ricky —murmuró.

* * *

—De modo que viene en nombre de Studder —dijo Homer Zardo al día siguiente, pasadas las once de la mañana.

—En efecto contestó Barr.

Zardo sonrió, mientras juntaba las yemas de sus dedos. Era un hombre delgado, de rostro aguileño y mirada zorruna, vestido con gran atildamiento, tanto que casi resultaba ridículo, sobre todo, por sus ademanes afectados y presuntuosos.

—Las empresas Studder no lo tienen nada bien —dijo Zardo—. He investigado profundamente y he conseguido hallar decenas, por no decir cientos de violaciones de las leyes de pesca.

—Sí, es posible. Nadie es perfecto en este mundo. Ni usted, señor Zardo.

—Studder me ha hecho vigilar indebidamente. Voy a demandarle, ¿lo sabía?

—Sí, estoy enterado de ello.

—Mi revista no es precisamente una de las de mayor tirada de la nación, pero hay cientos de grupos ecologistas y amantes de la naturaleza, que la compran y la propagan gratuitamente. Algunos de sus artículos han merecido el honor de ser reproducidos en diarios y revistas de gran número de lectores. Si empezase a citarles todos los que han sido reproducidos... Sabe, yo lo permito sin cobrar derechos; cualquiera puede tomar todo o parte de uno de mis artículos y repetirlo sin pagarme un solo centavo...

—Señor Zardo, corte el rollo.

Zardo se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo ha dicho...? —balbuceó, interrumpido en lo mejor de una perorata que estimaba de efectos avasalladores.

Por toda respuesta, Barr le enseñó la fotografía de Harmony desnuda. El rostro de Zardo se tornó del color de los cangrejos cocidos.

—Usted tiene el negativo de esta fotografía y de otras en la que aparece la señorita Studder, además de fotocopias de unas cuantas cartas que escribió a Edgar Coster, un enamorado suyo, que luego resultó estar casado con otra mujer. Ahora mismo, usted me va a entregar todo ese material y así empezaremos a olvidar este desagradable asunto.

—Ignoro de qué está hablando —contestó Zardo con fingida dignidad.

—¿Aceptaría dinero?

—¿Me toma por un vulgar mercachifle, capaz de venderse por un puñado de monedas?

—Usted se vendería por una sola moneda —dijo Barr despreciativamente—. O quizá es que está tratando de subir el precio.

—Me está insultando, señor mío...

—A veces, el insulto depende del precio. Si le ofreciesen un millón, ¿qué diría usted?

—¿Lo tiene?

Barr sonrió.

—Es usted un tipo verdaderamente repugnante, un montón de basura con patas —le apostrofó—. Está bien, usted va a demandar vigilancia ilegal e intromisión en su vida privada. Cuando se celebre el juicio. Studder presentará una contrademanda, pidiéndole cinco millones por daños y perjuicios. En el número trescientos veintisiete de su revista, usted publicó un reportaje de una campaña de pesca, durante la cual se había enrolado como marino, con un nombre falso. ¿No es eso intromisión en asuntos privados de una persona jurídica?

»Pero todavía hay más. Para obtener sus datos, usted ha sobornado a ciertos empleados de las empresas Studder. Lo han declarado y lo dirán así en el momento del juicio. Un periodista tiene derecho a obtener informes y a ocultar sus fuentes de información, pero no puede, éticamente, conseguir esos informes mediante el soborno. De todo eso hay pruebas, créame.

»Le demandaremos oficialmente la entrega de las fotocopias de las cartas y de los negativos de las fotografías de la señorita Harmony. ¿Ve ésta en que aparece desnuda? Es una composición. El rostro es suyo, pero no el cuerpo, y los expertos lo dictaminarán así, sin el menor género de duda. No me parece una revista ecologista el lugar más apropiado para publicar desnudos femeninos, pero, en fin, hay opiniones al respecto. Lo único que debe saber es que, si insiste en seguir adelante, cuando los abogados de Studder hayan terminado con usted, va a tener que buscar en los cubos de basura para poder comer.

Barr concluyó la larga parrafada y alargó la mano izquierda.

—Vamos, suéltelo todo ya. Y no me gaste una jugarreta, no se quede un solo papel ni un solo negativo; la amenaza seguirá en pie constantemente. No le haremos nada, mientras usted se esté quieto; de lo contrario ¡que Dios se apiade de su puerca y asquerosa alma!

Zardo tenía los ojos fuera de las órbitas. En silencio, abrumado, se levantó, fue a una caja fuerte que había en un rincón del despacho, la abrió y sacó un sobre que entregó al joven.

Barr comprobó el contenido y se puso en pie.

—Olvídese para siempre de las empresas Studder —dijo—. Si quiere ganar lectores para su revista... ¡convíértala en pornográfica!

Cuando salió del despacho, Zardo no había recobrado aún las fuerzas suficientes para emitir una sola sílaba.

CAPÍTULO V

El hombre abrió la puerta del lujoso apartamento y contempló a Barr con ojos recelosos.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Deseo hablar con Goró.

—Está ocupado...

—Dígale que quiero decirle algo sobre el chico de oro.

Una voz sonó en el interior de la casa.

—Tacky, déjalo entrar.

Barr sonrió. Tacky levantó la mano, cortándole el paso.

—Permítame...

Le registró hábilmente y, satisfecho, se echó a un lado.

—No suelo llevar armas —dijo el joven. El revólver de goma estaba en el coche.

Hebbell salió a recibirle. Era un sujeto de mediana edad, casi calvo, presuntuosamente ataviado con una bata azul, de lunares blancos, y pañuelo color vino al cuello. En la mano izquierda, rebosante de sortijas, sostenía una larga boquilla, con un cigarrillo humeante.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Barr.

El joven avanzó un par de pasos, cogió la mano derecha de Hebbell y la sacudió vigorosamente.

—Resignación, amigo mío —dijo—. No sabe cuánto sentí la desgracia... Créame, me siento muy dolorido, tanto como usted... Le acompaño en el sentimiento muy sinceramente.

—Pero ¿qué está diciendo? —exclamó Hebbell, desconcertado.

—Me refiero a Clint Kotts. Pobre, morir tan joven, en la flor de la vida... Usted le quería como a un hijo, ¿verdad?

Hebbell frunció el ceño.

—Si ha venido a burlarse de mí. Tacky puede intervenir en la diversión. ¡Tacky, dale!

El matón estaba a espaldas de Barr, quien giró en el acto. Tacky disparó el puño. Barr se agachó velozmente y fue Hebbell quien recibió el golpe en plena boca.

Sonó un rugido. Hebbell cayó de espaldas, con los pies por alto. Tacky, desconcertado, no sabía qué hacer.

Barr lo derribó de un punterazo en el estómago. Luego se inclinó sobre él y le quitó la pistola que llevaba bajo la chaqueta.

Tacky se quejaba sordamente. Hebbell parecía sin sentido, pero el joven lo reanimó con el agua de una jarra que había en la barra de los licores, situada en las inmediaciones.

Al cabo de unos momentos, Tacky se puso en pie. Barr movió la pistola.

—Ve a la pared, ponte de cara a ella y extiende los brazos. Si te mueves, te parto una pata de un tiro.

Tacky obedeció mansamente. Barr agarró una silla, se sentó a horcajadas y aguardó a que Hebbell se recuperase.

El sujeto tenía los labios hinchados. Ostentosamente, Barr levantó el martillo del percutor y le apuntó a la cara.

—A Clint le metieron, como vulgarmente se dice, cuatro tiros. Yo lo vi. No fue nada agradable, créame. Pero me bastaría un solo disparo, para enviarle al infierno.

Tacky se movió en aquel momento y Barr apretó el gatillo. La bala se clavó en la pared, a un palmo de su mejilla izquierda.

—Dije que estuvieras quieto —rugió—. Los brazos extendidos hasta que yo lo ordene.

Tacky obedeció instantáneamente. Hebbell, aún sentado en el suelo, miraba al joven con infinito respeto.

—Hablemos del chico de oro, Goro —continuó Barr—, ¿Cómo sabe que él sabe dónde está el millón de dólares?

—¿Quiere el dinero para usted, ¿eh? —rezongó Hebbell.

—¿Por qué no? Mi derecho a ese dinero no es menor que el suyo. ¿Quién le dijo que el chico lo sabía?

—Barclay. Era muy amigo del padre. Sin embargo, no sabía la forma de conseguir que el chico lo dijera.

Barr entornó los ojos.

—Es decir, Ricky lo ignora.

—Sí, pero, de algún modo, puede dar una pista. Eso es todo lo que sé, maldita sea. Y ahora, ¿por qué no se larga de aquí?

—Ames también va detrás de ese millón, ¿no es así?

Hebbell asintió torpemente.

—Alguno de mis muchachos se fue de la lengua —contestó—. Como averigüe quién es le voy a...

—¿Quién mató a Barclay?

Hebbell desvió la mirada a un lado. Barr lo comprendió en el acto.

—Lo hizo Clint Kotts —dijo—. Pero se llevaron el cadáver...

—¿Le interesa para ponerlo en una vitrina? —dijo Hebbell burlonamente—. No hay pruebas de que yo dijese que había que matar a Barclay. El que lo hizo, está muerto. Además, créame, Barclay me interesaba más vivo que muerto, pero a Clint se le fue el dedo...

—Ya, tenía el gatillo fácil —Barr descabalgó de la silla y se puso en pie—. Oiga, este apartamento es a prueba de ruidos, me parece.

—Sí —contestó Hebbell orgullosamente—. Lo hice insonorizar...

—Tuvo usted una idea excelente —sonrió el joven.

Había un hermoso jarrón, de casi un metro de alto, encima de un pedestal de alabastro y lo destrozó de un tiro. Hebbell lanzó un aullido de rabia.

Barr se acercó a continuación al bar y se situó en línea con una hilera de botellas, que volaron en mil pedazos después del siguiente disparo. Dos floreros más saltaron en pedazos y el agua se derramó por el suelo. Barr finalizó su obra destructora, agachándose y disparando la última bala a ras de la valiosa alfombra que cubría el suelo, en la que causó un rasgón de más de un metro de largo.

Hebbell rugía y blasfemaba. De pronto, Tacky, lanzando un aullido, dio media vuelta y corrió hacia el joven.

—Ya se te han acabado las balas —gritó.

Con la mano izquierda, Barr agarró el borde del bar y lo empujó hacia adelante. Tacky chocó con el mueble que se desplomaba y cayó también, en medio de un enorme estrépito de vidrios rotos y crujidos de maderas rotas.

La habitación parecía devastada por un tornado. Barr se encaminó hacia la puerta.

—Hebbell, olvídense del chico de oro —se despidió simplemente.

El sujeto no tenía fuerzas para hablar. Tacky, sentado en el suelo, gemía mientras se frotaba una rodilla. Barr lanzó una risita y se marchó.

* * *

Era una verdadera mansión, reconoció Barr, mientras aguardaba a la puerta, después de haber oprimido el botón de llamada. Al cabo de unos segundos, apareció ante sus ojos un imponente mayordomo, que le miró con el mismo interés que si fuese un insecto.

—¿Si...? —dijo el estirado sirviente.

—Deseo ver a la señorita Studder.

—No sé si la señorita está en casa —respondió el mayordomo, con la vista fija en un punto indefinible, situado muy a espaldas del joven—. Iré a ver...

Una voz de mujer sonó en aquel instante:

—Jameson, ¿quién es?

—Este caballero pregunta por la señorita...

—Ah, debe de ser el mandadero de la tienda de modas. Dígale que vaya por la puerta de servicio y que deje lo que traiga. Dele medio dólar de propina.

—Muy bien, señora —Jameson se encaró con Barr nuevamente—. Ya ha oído a la señora. La puerta de servicio está al otro lado de la casa. Y le dio en las narices con la puerta principal.

Barr se quedó un momento inmóvil. Acaso, pensó, se debía a su indumentaria. Llevaba una camisa a cuadros, cazadora ligera y vaqueros. Era el atuendo que había decidido usar aquel día, previendo la posibilidad de algún encuentro nada agradable.

Sonrió para sí, meneó la cabeza, dio media vuelta y se marchó.

Cuando salía del jardín, llegó alguien en un lujoso automóvil. El conductor lo detuvo, sacó la cabeza por la ventanilla y le miró suspicazmente.

—¿Qué hace en esta casa? —preguntó.

—Usted es el señor Studder —adivinó el joven.

—Sí, en efecto...

—Soy el repartidor de la *boutique* Zardo's. He venido a traerle un vestido a su hija, el que encargó el día en que no tenía ninguno para ponerse. Dígaselo así; ella sabe qué vestido es. Recuerde: *Zardo's*.

Studder se quedó atónito. Silbando alegremente. Barr se alejó en busca de su coche. Luego fue a una tienda de deportes, cuyo dueño era amigo suyo, para hacer las compras necesarias para el fin de semana que pensaba pasar con Ricky en el campo.

Eran casi las siete de la tarde, cuando llegaba a su casa. Le extrañó no ver al chico en el jardín. Sin embargo, divisó un coche negro parado casi frente al edificio y ello le hizo sentirse repentinamente aprensivo. Saltó del automóvil y caminó lentamente. Sobre el césped había abandonado un «bate» de «base-ball». Se inclinó para recogerlo, sonriendo al pensar en el descuido del chico y entonces le pareció oír ruidos dentro de la casa.

Inmediatamente, todos sus músculos se pusieron en tensión. Corrió hacia la puerta y vio que se abría. Alguien dijo:

—¡Tápale la boca a ese maldito crío!

El grito que Ricky había empezado a proferir quedó cortado en el acto. Dos hombres salieron. Uno de ellos forcejeaba con el chiquillo, que se resistía desesperadamente.

Entonces, Barr actuó como un ciclón devastador.

Primero atacó con el «bate», usándolo como si fuese una espada. El golpe en el estómago hizo que el rufián se inclinase hacia adelante. Antes de que pudiera recobrarse, Barr le arreó un tremendo golpe en las posaderas. Sonó un agudo grito y el hombre saltó hacia adelante y rodó por tierra.

Su compañero soltó a Ricky y metió la mano en la chaqueta, para sacar una pistola. Cuando el arma empezaba a relucir, el «bate» cayó sobre la muñeca del hombre con fuerza devastadora.

Se oyó un horrible crujido de huesos. El pistolero lanzó un grito de agonía, soltó el arma y cayó de rodillas, con el rostro deformado por una expresión de dolor indescriptible.

—Ricky —gritó el joven—. ¿Estás bien?

El chico había quedado junto al umbral. Tenía los ojos muy brillantes.

—Sí, no me han hecho mucho daño... Oye, eres mejor que Starsky y Hutch juntos...

Barr le guiñó un ojo.

—Lo copiaron de mí —contestó.

El primer pistolero empezaba a recobrarse. Barr le tocó con el extremo del «bate».

—Anda, llévate a tu compinche. Y dile a Ames que se olvide del niño. El hombre se puso en pie y ayudó a levantarse a su compañero, al que llevó casi a rastras hasta el coche. Después de que se hubieron marchado, Barr se volvió hacia el chiquillo.

—¿Te dijeron algo esos hombres?

—No. Sólo querían que me fuese con ellos. Dijeron que iban a llevarme a una casa, donde tendría muchos juguetes... Pero yo no quería moverme sin tu permiso. Entonces, trataron de llevarme a la fuerza. Menos mal que llegaste a tiempo. Theo.

—Sí, muy oportunamente —convino Barr. Un minuto más tarde y habría encontrado la casa vacía, pensó—. Oye, ¿no está Maisie?

—No. Se marchó después de las cinco. Harmony había venido y estuvo conmigo, pero luego la llamaron por teléfono. Dijo que me esperase aquí y que no me moviese de la casa.

—¿Por qué se marchó?

—No sé... —Ricky hizo una mueca—. Parece ser que le dijeron que le habían traído un vestido a su casa...

Barr contuvo una sonrisa. Revolvió el cabello de Ricky con la mano y luego empujó hacia el interior.

—Oye, tú sabes pelear bien —dijo el chico—. ¿Dónde lo aprendiste?

—Estuve una temporada en los marines. Pero eso hace ya mucho tiempo. Sin embargo, lo que bien se aprende, nunca se olvida. Ricky, ¿te hicieron esos tipos alguna pregunta sobre una suma muy elevada de dinero?

—No, nada de eso. Sólo hablaron de muchos juguetes, un gran jardín para mí... pero nada de dinero, Theo.

Barr hizo un gesto con la cabeza.

—Sí, parece lógico —convino. Aunque lo ignoraba, Ricky conocía una clave que permitiría llegar hasta el millón de dólares desfalcado por su padre. Pero era preciso ser muy paciente, muy persuasivo... y algún día llegaría a saberlo.

—Bueno, vamos a preparar la cena —dijo al cabo.

Fueron a la cocina. Había algunos cacharros sucios y Ricky los llevó al fregadero.

—Lo siento, se me olvidó —se disculpó humildemente.

—No tienes por qué fregar cacharros —dijo Barr—. Yo lo haré más tarde...

—El señor Barclay me hacía fregar los platos todas las noches. Yo los fregaba y él se tumbaba en el diván a beber. A veces, venía algún amigo suyo y se encerraban a hablar de negocios...

Barr sintió un nudo en el estómago al oír aquellas palabras. Le entraron ganas de dar las gracias al tipo que había liquidado a aquel

degenerado individuo. Pero Clint Kotts estaba también muerto.

De pronto, recordó algo.

—Ricky, esta noche te meterás muy pronto en la cama. Mañana hemos de madrugar.

—¿Madrugar? ¿Para qué? —preguntó el chico.

—No sé... Tenía entendido que querías pasar un fin de semana en el campo, pescando, en una tienda de campaña...

Ricky lanzó un alarido de júbilo.

—¡Al fin! —exclamó—. Theo, eres el tipo mejor que he conocido en todos los días de mi existencia. ¿Sabes?, he tenido una gran suerte al conocerte...

Barr hizo un gesto y sonrió.

—Los dos hemos tenido suerte —contestó.

Pero quizá la suerte podía abandonarles. Ricky era poseedor de un terrible secreto, para conocer el cual había sujetos sin escrúpulos, capaces de cualquier cosa, incluido el asesinato.

CAPÍTULO VI

La corriente se deslizaba mansamente entre las dos orillas, cubiertas de hierba abundante y flanqueadas por infinidad de árboles, especialmente abundantes los álamos y chopos de Virginia. Sentados en sendos taburetes plegables. Barr y Ricky guardaban silencio, los ojos fijos en los flotadores que delatarían el momento en que un pez mordiese el anzuelo.

La tienda de campaña estaba a veinte pasos de distancia. El coche quedaba un poco más allá. Hacía bastante calor, aunque la vegetación atemperaba agradablemente el ambiente.

De pronto, Ricky rompió el silencio y dijo:

—Theo, ¿sabes lo que me gustaría tener?

—No. Dímelo por favor.

—Un perrito. Le llamaría «Poppy». Si pudiera ser, me gustaría que fuese blanco, con manchas negras. Muchas veces se lo pedía a mi papá y me contestaba que no podíamos tenerlo en una casa sin jardín. En la tuya sí hay jardín.

Es cierto. Ricky.

—¿No te gustan los perros?

—Es que... Verás, mi trabajo no me permitiría atenderlo como se merece...

—Oh, ése no es problema. Yo cuidaría de él... si me permitieses tenerlo, claro.

—Desde luego, Ricky, no habría inconveniente. De todos modos, ya hablaremos más adelante, ¿eh?

—No tengo prisa —dijo el chico—. Ya me imagino que tienes tu trabajo y que no puedes abandonarlo. Esperaré lo que sea necesario.

Eres un muchacho muy sensato, Ricky.

—¡Cómo me gustaría quedarme contigo! No me importaría que me adoptases, ¿sabes? Siempre pensé que así debía de ser mi papá..., pero él estaba fuera y no podía venir a verme...

El corazón del joven sangró. Posiblemente, Van Donnen habría querido mucho a su hijo, pero había actuado de la peor manera posible.

Por fortuna, el chico no se había estropeado. Ricky tenía cualidades que, bien desarrolladas, podían hacer de él todo un hombre el día de mañana. Era listo, inteligente, vivaz y sumamente sensato, sobre todo, pensando en sus cortos años.

—Tendremos que hablar de ese asunto —respondió al cabo—. Pero también hablaremos de tu educación. Ricky, no puedes permanecer así eternamente; ahora nos acercamos al fin del curso escolar y van a empezar las vacaciones de verano. Cuando llegue el momento, tendrás que ir al colegio.

—Desde luego. Ya asistía a uno y me encontraba muy a gusto, pero el señor Barclay me sacó. Decía que la maestra se metía con no sé qué de su vida y que a ella no le importaba en absoluto...

El flotador del hilo se agitó súbitamente. Barr tocó el hombro del chico.

—Ha picado uno —susurró—. Vamos a ver si lo sacamos.

Ricky gritó de alegría al ver la primera trucha agitándose al extremo del sedal. Barr le instruyó en las operaciones que debía realizar. Ricky se sentía terriblemente orgulloso de su primer pez. Estaba encarnado y tenía los ojos brillantes de satisfacción.

—Parece que tendremos una buena cena. Truchas a la sartén, ¿eh, Ricky?

Las horas fueron pasando. Poco después del mediodía, habían conseguido ya una docena de hermosas truchas. Barr dio por finalizada la sesión de pesca.

—Ahora tomaremos un bocadillo. Luego te enseñaré cómo se limpian los pescados y cómo se prepara el fuego. ¿Te parece bien?

—Estupendo, Theo. ¿Sabes?, lo estoy pasando de maravilla... Nunca habla disfrutado tanto, te lo aseguro. Vendremos más veces, ¿no es así?

—Sí, Ricky; volveremos muchas veces.

Después de tomar unos bocadillos, se tendieron en el suelo, a la sombra de un frondoso álamo. Barr sintió que le invadía el sueño y empezó a dormirse.

De repente, cuando ya se había olvidado de todas sus preocupaciones, sintió que Ricky le daba un codazo.

—Eh, mira; viene alguien.

Barr abrió los ojos. Inmediatamente, se despabiló, sintiendo una vaga alarma al ver la barca que descendía lentamente por el río.

Había una persona en la popa de la embarcación, empuñando una espadilla, que le servía al mismo tiempo de timón. Barr se puso en pie y empezó a pensar en la forma mejor de rechazar el ataque, si se producía.

* * *

La persona que tripulaba la barca iba vestida con camisa y pantalones y se tocaba con un sombrero blando de color crema. Cuando estaba a unos cincuenta o sesenta metros, se puso en pie y agitó vivamente una mano.

—¡Eh, Theo. Ricky! ¡Soy yo!

—¡Es Harmony! —gritó el chiquillo.

Barr respingó. Pero, en el mismo momento, ocurrió lo inesperado.

Harmony se había incorporado con demasiada brusquedad. La barca se balanceó violentamente. Ella perdió el equilibrio y cayó de cabeza

al agua.

Barr lanzó una estruendosa carcajada. Ricky se echó a reír con toda su alma.

Harmony emergió, con los cabellos pegados a las sienes. El sombrero se deslizaba mansamente sobre las aguas.

—Venga a ayudarme —gritó la muchacha, a la vez que braceaba enérgicamente.

—No sea timorata. Póngase en pie, mujer.

Ella lo hizo así. Sorprendida, vio que el agua le llegaba a la cintura. Estuvo quieta un momento y luego se echó a reír.

—Bonita salida a escena —dijo.

Barr entró en el río, nadó un poco y agarró el cabo de proa de la barca, remolcándola luego hacia la orilla. Ricky corrió hacia la muchacha, abrazándola entusiasmado.

—Te echaba de menos, pero no me atrevía a preguntarle a Theo dónde podías estar —dijo.

Barr estaba amarrando la embarcación. Salió del agua y buscó una toalla.

—Voy a tener que cambiarme de ropa —sonrió—. Harmony, ¿qué idea se le ha ocurrido...?

Ella estaba sacando del bote un bulto. Barr se lo quitó de las manos.

—He venido a pasar el fin de semana con los dos —declaró la muchacha.

Ricky palmoteo jubilosamente.

—Eso es estupendo —gritó—. Harmony, hemos pescado una docena de truchas. Lo estoy pasando de maravilla.

—No sabes cuánto me alegro —dijo ella. Miró al joven—. Lo ha conquistado. Theo.

Barr hizo una mueca. Harmony estaba frente a él. La blusa, mojada, se adhería a su cuerpo y los senos se revelaban turgentemente, casi como si no estuviesen cubiertos. Ella lo notó y se ruborizó intensamente.

—¿Puedo cambiarme de ropa? —solicitó.

Barr señaló la tienda de campaña.

—Entre —indicó—. Ricky, vamos a limpiar las truchas.

—Sí. Theo.

Barr se quitó la camisa y quedó con el torso al aire.

—Vaya músculos —silbó el chico—. Eres todo un atleta, Theo. ¿Vas a algún gimnasio?

—A veces. Me gusta mantenerme en forma.

Empezaron la labor. Barr enseñó al chico la forma en que debían prepararse los pescados. Cuando estaban a mitad de la tarea, salió Harmony. Llevaba otra blusa, pantalones cortos y se había anudado una ancha cinta en torno a la cabeza.

—¿Puedo ayudar? —consultó.

—Eche una mano —accedió Barr—. ¿Cómo se le ha ocurrido venir hasta aquí?

—Pregunté a Maisie y ella me indicó el camino, aunque no del todo. Cuando llegué a la urbanización que hay a un kilómetro, volví a preguntar. No lo sabían muy bien y me alquilaron una barca. Sin embargo, dijeron que tendrían que estar a una milla de distancia, como máximo. Sin conocer el terreno, no quise arriesgarme con el coche... Lo único que siento es no haber traído tienda de campaña, aunque sí tengo un saco de dormir.

—A la noche solucionaremos ese problema, no se preocupe.

—Theo, me siento muy avergonzada —declaró Harmony de pronto—. Ya me he enterado de lo que sucedió ayer, cuando fue a mi casa.

—No tiene importancia, mujer —sonrió él.

—Papá me dijo que había estado un mandadero de la *boutique* Zardo's, para traerme un vestido. Entonces lo comprendí todo.

—Tengo todo ahí, en el coche —contestó Barr.

—¿Solucionó el asunto?

—Sí. Ya no hay temor.

—Papá se alegrará cuando lo sepa.

—Lo celebros.

—Él no sabe nada de... de mi asunto.

—Comprendo.

—Theo, quiero pedirle disculpas por la actitud de mi madre. Es un poco... orgullosa...

—Olvídelo —dijo Barr—. A fin de cuentas, yo lo hacía porque usted me lo encargó. Pero me sorprende que no me llamase por teléfono, después de enterarse de mi visita.

—Estaba muy preocupada —respondió la muchacha.

—¿Por qué?

—Los últimos días han sido... muy malos para mí. Creía que mi relación con Coster iba a... a tener consecuencias. Ayer, sobre todo, me sentía muy deprimida.

—Oh. ¿Qué hay sobre el particular?

Ella le miró fijamente.

—Estaba dispuesta a afrontar las consecuencias —dijo—. Hubiese dejado que... llegase a su término, pero no fue así.

—Un ligero retraso, ¿eh?

Harmony estaba colorada como una guinda.

—A veces pasa —dijo.

—Sí, suele suceder.

Ricky decidió meter baza en el diálogo.

—Harmony, ¿sabes?, ayer unos tipos quisieron raptarme. Theo lo impidió. ¡Menuda zurra les dio a los dos pájaros!

—¿Qué dices, Ricky? —se asombró la muchacha.

—Lo que oyes. Theo se portó mil veces mejor que Rockford...

—Basta ya, chico —cortó el joven—. Lo único que hice fue expulsar de casa a dos hampones. Querían llevárselo, es cierto, pero llegué a tiempo, eso es todo.

—Sin duda, fue por causa del millón.

—¡Harmony! —gritó Barr.

La joven se sobresaltó.

—Dispense, me salió sin querer,

—Theo, ¿por qué te enfadas con Harmony? —preguntó Ricky.

—No me enfado con ella. Sólo quería que se callase.

—Tiene derecho a hablar, me parece. Hay libertad de expresión. ¿O no?

Barr elevó los ojos al cielo.

—Entre el uno y la otra, me van a volver blancos los cabellos —se quejó.

—Vamos, no exagere —sonrió Harmony—. Y, si quiere un buen consejo, cámbiese de pantalones; todavía los tiene empapados y puede pillar un buen catarro.

Barr le entregó el cuchillo con el cual estaba limpiando los pescados.

—Sí, es un buen consejo —admitió.

Dio unos pasos en dirección a la tienda y entonces vio algo que le hizo sentir viva alarma.

Retrocedió.

—Cuidado, me parece que viene alguien —dijo a media voz—. Puede que sean otros pescadores, pero, tal como están las cosas, no me fío ya de nadie.

CAPÍTULO VII

A través de la espesura, se veían dos hombres que avanzaban lentamente, un tanto separados, como si estuviesen explorando el terreno. Barr alargó la mano y señaló un matorral cercano.

—Pronto —dijo—. Allí, a rastras.

Harmony comprendió y agarró la mano del chico.

—Vamos, Ricky.

Barr aguardó a que los dos se hubiesen escondido. Los desconocidos continuaban acercándose cada vez con más precauciones.

—No pueden estar lejos —dijo uno de ellos.

—Él es peligroso. Ten cuidado —advirtió el otro.

Barr lo oyó y sus sospechas se confirmaron. Sin hacer el menor ruido se acercó al matorral.

—Voy a ver si consigo sorprenderles —murmuró—. Si las cosas van mal, cualquiera de los dos podrá acercarse al coche y tocar la tecla azul que hay a la izquierda del volante, muy cerca de la portezuela. Recordad: la tecla azul.

—¿Qué pasará entonces?

—Ya lo sabrás. En todo caso hay que hacerlo cuando estornude. No os mováis de aquí.

—Ten cuidado —le dijo ella.

Barr asintió y continuó reptando. El coche quedaba a poca distancia, parcialmente oculto por la vegetación. Pero no podía pasar mucho tiempo sin que fuera descubierto.

Lo mejor era, se dijo, dar un rodeo, a fin de sorprender a los intrusos por retaguardia. Rebasó el coche, giró a la izquierda y continuó su cautelosa aproximación. De pronto, divisó una rama seca, caída en el suelo, y pensó que era una buena arma defensiva.

Lentamente, se aproximó a los dos sujetos, cada vez más seguro de que buscaban al chico. De pronto, vio que uno de ellos sacaba una pistola, a la vez que extendía el brazo izquierdo.

—Mira —dijo—. Ahí está la tienda de campaña.

—Entonces, no pueden haber ido muy lejos —supuso el otro.

Barr siguió avanzando. Unos pasos más adelante, levantó la rama y, haciéndola girar horizontalmente, golpeó el cuello del hombre de la pistola.

Sonó un grito de dolor. El sujeto se desplomó de bruces. Su compañero giró en redondo, al tiempo justo de recibir el impacto del improvisado garrote en plena boca. La rama, demasiado seca, se partió con violento estallido. El hombre, aullando como un poseído, abrió los brazos y cayó de espaldas.

El primero continuaba también caído, aunque no había perdido del todo el conocimiento. Barr entendió conveniente apoderarse de su

pistola y extendió la mano. Pero no llegó a empuñar el arma.

—No quiero hacerle daño —dijo otra voz—. Pero dispararé si toca ese chisme.

Barr se incorporó lentamente y se encaró con el sujeto que había aparecido tan inesperadamente. Resultaba evidente que alguien había decidido ampliar la exploración, cosa que no había sabido hasta el último instante.

La pistola le apuntaba directamente al cuerpo. Barr, resignado, levantó las manos.

* * *

—Es usted un tipo peligroso —dijo el pistolero—. Se lo advertí a esos idiotas, pero no me hicieron caso

—Tal vez los envió delante, como cebo —apuntó el joven

—Es posible. ¿Dónde está el chico?

Barr apretó los labios. De pronto, el rostro del hombre le pareció conocido.

Recordó una escena, en la cafetería de una estación de servicio. Un pistolero, desembarcando de un gran coche negro. Clint Kotts, disparos...

El pistolero sonrió.

—Sí, era yo —admitió.

En aquel momento. Barr adquirió la convicción de que el sujeto estaba dispuesto a matarle. Apenas contestase a sus preguntas, dispararía sin vacilar, con la misma sangre fría que lo habla hecho contra Kotts.

—Busco al chico —dijo el asesino—. ¿Dónde está?

Sus compinches empezaron a reaccionar. Uno de ellos, sin embargo, se quejaba sordamente, con un pañuelo en la boca destrozada por el garrotazo. El otro se puso en pie y empuñó la pistola, yéndose hacia el joven, con ánimo de tomarse el desquite.

—Quieto. Bill —dijo el asesino—. Barr, le he hecho una pregunta.

—Por orden de Carleton Ames, supongo.

—No es cosa que le importe. Responda. No me haga perder la paciencia.

De pronto, estornudó con fuerza.

—Dispense.... me parece que he... pillado un refriado de todos los diablos... —dijo, entre estornudo y estornudo.

—Estamos perdiendo el tiempo —gruñó otro.

De repente, se oyó un estruendo aterrador.

Una ametralladora disparó en alguna parte.

—¡Por allí!

—¡Duro con ellos!

—¡No dejéis a uno con vida!

—¡Bastardos, os vamos a liquidar a todos!

La ametralladora escupió otra ráfaga. Sonaron secos disparos de fusil.

—Ahí están.

—Tírales a las tripas, es lo más seguro.

Se oyeron los impactos de las balas y el aullido de los rebotes. Los pistoleros, aterrados, se volvieron a todas partes, desconcertados por aquel imprevisto contraataque.

—Allí, allí... —gritó alguien.

El asesino se volvió y tendió la mano armada. En aquel preciso instante, se levantaba el herido en la boca y lanzó un chillido espeluznante.

—¡No...!

Era tarde. La bala le había alcanzado en el pecho. Saltó convulsivamente y cayó al suelo.

Barr no perdió el tiempo. Cargó contra el pistolero que tenía más cerca y le asestó un terrible empujón, arrojándolo contra el asesino de Kotts. Los dos tipos rodaron por la hierba, en una aullante mezcolanza de brazos y piernas que se agitaban frenéticamente.

Barr recobró la mitad de la rama utilizada y volvió a emplearla pródigamente, antes de que los pistoleros hubiesen podido reaccionar. Segundos más tarde, dos hombres quedaban en el suelo, molidos a golpes, sangrando por algunas heridas y gimiendo de dolor.

El joven agarró todas las pistolas y las arrojó al agua. Luego se acercó al herido de bala.

Meneó la cabeza.

—Saludos a Satanás —murmuró. Elevó la voz—. ¡Harmony, ya no hay peligro!

La muchacha apareció corriendo, seguida por Ricky. Barr adelantó unos pasos.

—Ricky, vuelve a la tienda —ordenó.

—¡Caramba, vaya escabechina! —exclamó el chico.

—Ricky, obedece.

—Sí, señor. —Ricky le miró con ojos llenos de admiración—. Theo, eres mejor que Baretta.

—Ves demasiada televisión —gruñó el joven—. ¡A la tienda!

El chico se marchó. Barr volvió la mirada hacia la muchacha.

—Lo siento —murmuró.

—Ese parece mal herido —dijo Harmony.

—Está muerto. Harmony, vuelve a la tienda y corta los vientos. Tráemelos pronto, por favor.

—Vas a atarlos —adivinó ella.

—Quizá, pero la cosa ya no será como antes de la llegada de esos miserables. Vamos, date prisa: no hay tiempo que perder.

Harmony volvió a los pocos momentos. Barr ató concienzudamente a los dos pistoleros vivos. Luego se encaró con el asesino de Kotts.

—Ibas a matarme —dijo—. Hoy has tenido suerte; sigues con vida. Pero si vuelves a cruzarte en mi camino, si intentas algo contra el chico... Será lo último que hagas en tu existencia.

El pistolero le miró despectivamente.

—Has ganado este *Round*. No será así en la próxima ocasión —fanfarroneó.

—Hombre, me gustas —dijo Barr—. Anda, dime cómo te llamas; quiero saber tu nombre, para que lo pongan en la corona que enviaré el día de tu entierro.

—Delkan. Lou Delkan. Y veremos quién enviará a quién la corona funeraria.

—Me dan ganas de arrojarte al río.

Harmony le tocó en el hombro.

—Theo, no pierdas la paciencia —dijo—. Tú no eres como ellos.

—Sí, tienes razón. Bueno, vamos a recoger todo y luego veremos qué se hace.

Rocky aguardaba en la tienda.

—Theo, ¿me buscaban a mí? —preguntó.

—Sí, hijo.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué me busca tanta gente?

Barr meditó unos instantes.

—Hablares después. Ricky —resolvió finalmente.

—Muy bien. Oye, te oí estornudar y toqué la tecla azul, como habías dicho. ¡Menudo jaleo se organizó! ¡Como en las películas de guerra!

El joven se echó a reír.

—Es la banda sonora de una película de guerra —respondió.

Harmony movió la cabeza varias veces.

—Eres un tipo realmente sorprendente —dijo—. ¿Qué más trucos tiene tu coche?

—Aún no los conoces todos —contestó Barr—, Bueno, ya nos comeremos las truchas en otra parte. Ricky, al trabajo.

—Sí, señor.

Más tarde. Theo hizo un aparte con la joven.

—Theo, ¿qué pasará con el cadáver?

—Esos tipos acabarán por soltarse. Ya se ocuparán del muerto, no te preocupes.

Habían terminado ya de cargar las cosas en el coche y Barr se sentó ante el volante.

—Conozco un sitio diez millas más abajo —manifestó—. No es tan bonito, pero tiene la ventaja de que nunca va nadie por allí los fines de semana.

—Ese es el sitio ideal —aprobó Harmony.

* * *

La tienda había sido montada de nuevo. Barr llevaba cuerdas para urgencias en el maletero, con las que pudo suprimir en parte la falta de vientos. Además, la atmósfera estaba tranquila y no había peligro de que la tienda se derrumbase por una inesperada racha de aire.

El fuego ardía alegremente cuando Barr arrimó la sartén. Con el rabillo del ojo, observaba a Ricky, que contemplaba las operaciones con auténtica fascinación. Harmony, un poco más allá, preparaba la mesa plegable. Una vez, su mirada se cruzó con la del joven y ambos supieron que se alegraban de la felicidad del chiquillo que nunca había conocido una vida mínimamente grata, ni había tenido afectos ni sabía lo que era la sonrisa y el cariño de unos padres.

A los pocos minutos se elevó en el aire el delicioso olor de las truchas fritas. Barr llevó las primeras a la mesa.

—Vamos, Harmony, Ricky: ya podéis empezar a darle —exclamó.

El chiquillo se sentía realmente entusiasmado. Después de la cena, se tendieron un rato en el césped, mientras un aparato de radio emitía música suave de fondo.

—Theo, ¿puedo hacerte una pregunta? —dijo Ricky, de pronto.

—Pues claro que sí, hijo. Pregunta todo lo que quieras.

—No creas que soy tonto; me estoy dando cuenta de que te pasa algo raro. ¿Es por mi culpa?

Barr vaciló. Consultó a Harmony con la mirada y ella hizo un leve gesto de aquiescencia.

El joven carraspeó.

—Bueno. Ricky, exactamente por tu culpa, no. También yo tengo mi parte en estos jaleos. Tu..., tu padre tenía amigos y alguno de ellos juzgan que debieran tenerte a su lado, eso es todo.

—Mi padre sólo mencionó al señor Barclay; nunca habló de otros —contestó Ricky—. Pero a mí no me gustaba aquel hombre... ¿Tengo que volver con él?

—No, ya no volverás con él.

—¿Y me quedaré contigo?

—Bien, no sé si podrás...

—Tú podrías adoptarme, Theo. A mí me encantaría. Serías como mi papá y yo te obedecería siempre. Incluso iría a la escuela cuando llegase el momento.

—Ricky, no es tan fácil adoptar a un niño. Los jueces exigen muchas condiciones, pero una de las cosas más importantes es que los adoptantes sean casados. Y yo estoy soltero, ¿sabes?

—Entonces, cástate con Harmony. Es muy guapa y me gustaría que fuese mi mamá.

Barr levantó las cejas.

—Temo que pidas un imposible —dijo—. Harmony y yo sólo somos buenos amigos. Nunca..., nunca hemos pensado en casarnos. Además,

nos conocemos desde hace muy poco tiempo.

La cara del chiquillo expresó decepción. Barr continuó:

—De todos modos, no te apures. Estos días ocurren unas cosas poco agradables; tengo que solucionar unos cuantos asuntos y cuando los haya terminado, te llevaré a casa de mi hermana Rosalee. Ella sí está casada y no tendría inconveniente en adoptarte. Entonces, yo iría a verte con mucha frecuencia, te llevaría conmigo los fines de semana...

—Theo —dijo Harmony, de pronto—. Creo que estás eludiendo el tema principal. Es hora de que lo abordes, con las debidas precauciones, por supuesto.

Barr asintió.

—Sí, tienes razón —convino—. Ricky, ahora me toca a mí el turno de preguntar.

—Empieza —invitó el chiquillo.

—Verás... Se trata de tu padre... Creo que tenía razón...

—¡Era más pobre que las ratas! Una noche nos acostamos sin cenar, porque no tenía ni siquiera para dos «perros calientes»...

—Tal vez, pero luego su suerte cambió. Ganó mucho dinero, aunque lo escondió en alguna parte, porque quería que lo disfrutaras tú. ¿No te dijo nunca dónde estaba ese dinero?

Ricky sacudió la cabeza vigorosamente.

—Jamás me habló de ese dinero —contestó con firmeza.

Barr y Harmony volvieron a cambiar una mirada.

—Theo, será mejor que prepares la cama del chico —sugirió la muchacha—. Es hora ya de que se acueste.

—¿Has oído, Ricky?

El muchacho se levantó.

—Muy bien —contestó—. ¿Seguiremos pescando mañana, Theo?

—Puedes contar con ello —accedió el joven.

CAPÍTULO VIII

Las últimas brasas de la hoguera emitían un mortecino resplandor. Barr agarró una rama a medio quemar y acercó la brasa a su cigarrillo. Harmony se lo quitó suavemente.

—Ricky está ya dormido —dijo a media voz.

Sentada sobre sus talones, le pareció a Barr más hermosa que nunca, con el rostro iluminado por la escasa luz de la hoguera. Desvió la mirada y encendió otro cigarrillo.

—Es un chico de oro, y no solamente por el dinero —murmuró, después de lanzar la primera bocanada—. Bien guiado, puede convertirse en todo un hombre el día de mañana.

—Hasta ahora, no ha tenido demasiada suerte. Estuvo con la familia de su padre y no lo pasó bien. Luego se quedó con Barclay; un tipo nada recomendable, que acabó con una bala en el cuerpo. ¿Qué suerte correrá mañana?

—Voy a protegerle —dijo Barr resueltamente—. Le protegeré a cualquier precio, cueste lo que cueste. Y no lo hago por el dinero, ¿sabes?

—Eso me parece —sonrió Harmony—. Pero el chico no sabe nada. ¿Lo crees?

—A mí se me ha ocurrido una hipótesis... Supongamos que su padre se lo hizo saber en sueños... Es muy fantástico, pero cosas más fantásticas se han visto. La clave está oculta en algún profundo rincón de la mente de Ricky y sólo saldrá a la superficie, en el momento en que se le aplique el estímulo de una palabra o frase determinada.

—Pudiera ser, aunque hay otro procedimiento mucho más sencillo —objetó la joven.

—¿Cuál, por favor?

—Un tatuaje en el cuerpo.

—Un tatuaje —repitió él, meditabundo.

—¿No te parece mucho más factible y menos complicado?

—Puede que tengas razón. La verdad es que un millón de dólares estimula enormemente la imaginación. Pero ¿cómo saberlo, sin que él lo sospeche?

—Hay un río. A mediodía hace calor. La gente se baña. Un chiquillo de siete años puede bañarse desnudo —Harmony meneó la cabeza—. Te ahogas en un vaso de agua, tipo listo.

—Tienes razón, soy un zoquete. Bueno, mañana recurriremos a ese procedimiento. Y si no da resultado, tendré que volver a hacer preguntas por otros sitios.

—¿Por ejemplo?

—Carleton Ames. Una conversación con él resultaría interesantísima.

—Ten cuidado. Andan como locos buscando el millón y, por lo que he

podido ver, no se lo piensan dos veces a la hora de apretar el gatillo.
—Lo tendré en cuenta —prometió Barr—. Tiró el cigarrillo a las brasas y se puso en pie—. Ocupa mi puesto en la tienda: yo usaré tu saco de dormir.

—Gracias, galante caballero —sonrió Harmony.

Al mediodía siguiente, después de una mañana dedicada enteramente a la pesca, se bañaron en el río. Los resultados obtenidos fueron nulos: Ricky no tenía ningún tatuaje en el cuerpo.

* * *

Cuando le anunciaron la visita de Barr, Carleton Ames sufrió un fuerte sobresalto. Durante unos segundos, vaciló en acceder a recibir al joven, pero, después de pensárselo, hizo un gesto de aquiescencia al esbirro que le había informado de la presencia de Barr en su casa.

—Dile que entre, Croyt —ordenó—. Pero quédate en el vestíbulo, preparado para actuar si te necesito.

—¿Pistola? —consultó el sujeto.

Ames le miró de arriba abajo. Croyt medía más de dos metros y pesaba unos ciento veinte kilos.

—No, no quiero violencias aquí. En todo caso, un buen puñetazo en la nariz. Anda, hazle entrar.

—Sí, señor.

Barr penetró en el despacho instantes más tarde. En aquella lujosa estancia, pensó, se dirigían negocios muy turbios: apuestas ilegales, préstamos a interés exorbitante, prostitución y, tal vez, drogas. Pero Ames tenía el aspecto de un próspero y honrado comerciante, pese a la docena de asesinatos que podían cargarse en su haber, ninguno de los cuales había podido ser probado.

—Tengo entendido que quiere hablarme, señor Barr —dijo el sujeto—. Sea breve; mi tiempo es muy limitado. ¿De qué se trata?

Barr decidió ir en el acto al fondo del asunto.

—Un millón de dólares —contestó.

—¿Viene a ofrecérmelos? —sonrió Ames.

—Es usted quien está buscando esa enorme suma.

—¿De veras?

—¿No le ha informado Delkan de lo que sucedió el sábado a mediodía?

Ames dejó de sonreír un instante.

—No conozco a nadie que se llame Delkan —respondió.

—Delkan asesinó a un tipo llamado Kotts. Lo vi yo, además de muchas otras personas. Kotts trabajaba para un tal Hebbell, quien también va detrás del millón de dólares. Usted quiso disuadirle con la muerte de Kotts. No lo admitirá, pero usted y yo sabemos que es así. Ahora, dígame, ¿quién le informó de que el hijo de Van Donnen conoce el

paradero de ese millón de dólares?

—Señor Barr, creo que ya hemos hablado bastante. Márchese —contestó Ames secamente.

—Aún no hemos empezado a hablar. Delkan iba a matarme. ¿Cree que puedo perdonarlo?

—Repito que no conozco a ese sujeto...

Barr se puso en pie, cerrando los puños. Ames, rápido como el pensamiento, apoyó el índice en un timbre situado al lado derecho de la mesa.

El joven captó aquel gesto y se imaginó lo que iba a suceder. Entonces, retrocedió un par de pasos y se volvió en redondo.

La puerta se había abierto ya. Croyt apareció en el umbral.

—¡Dale! —gritó Ames.

El gigante se lanzó contra Barr a toda velocidad. Barr aguantó la embestida.

En el último instante, se agachó. Croyt empezó a pasar por encima de él, pero antes de que lo hiciese por completo, se incorporó y, aprovechando su propio impulso, lo lanzó contra la mesa.

La mole humana que era Croyt cayó sobre la mesa, resbaló y se estrelló contra su jefe. Los dos individuos cayeron estruendosamente al otro lado.

Barr sonrió. Agarró la mesa y la volcó encima de la pareja. Croyt empezaba a incorporarse y recibió el impacto del saliente borde encima de las cejas. Emitió un gruñido y volvió a caer de espaldas.

Ames juraba y blasfemaba, tratando de salir de debajo de la mesa, cuyo borde inferior presionaba sobre sus piernas. Barr decidió aprovechar la ocasión y se sentó sobre la mesa. Ames lanzó un aullido.

—Déjeme salir...

—¿Quién le informó que el chico sabe dónde está el dinero?

—Váyase a la...

Barr no se inmutó. Se subió a la mesa y, tomando impulso, saltó un metro hacia arriba. El borde volvió a golpear dolorosamente las piernas de Ames, de cuyos labios brotó otro agudo chillido.

—Basta... Hay..., había un sanitario en la prisión donde estaba Van Donnen —contestó—. Ese hombre le atendió durante sus últimos momentos. Creo que Van Donnen le dijo algo sobre el dinero...

—¿Cómo se llama ese enfermero?

—No lo sé, no me lo dijeron.

—No se lo dijo, ¿quién?

—Es... una mujer, Leda Armblack. Era la fulana del sanitario. No sé dónde vive..., pero puede encontrarla en el Triton's. Por lo que más quiera, bájese de la mesa...

Barr saltó al suelo. Luego apuntó con el índice a Ames.

—Olvídese del dinero —dijo.

Y se encaminó hacia la salida, pero antes de abrir, se volvió.
—Me equivoqué. Quería decir que debe olvidarse del chico. Si lo tocan al pelo de la ropa...
Al lado de la puerta había un artístico jarrón, de casi metro y medio de alto. Barr agarró una silla, la hizo voltear horizontalmente y golpeó el jarrón. La silla y el jarrón se hicieron trozos en el acto.
—Esto es lo que haré con usted si se atreve a rozar uno solo de los cabellos del chico —se despidió.

* * *

Entró en el Triton's, con la camisa abierta y la cazadora casi suelta, los ojos ocultos por unas grandes gafas de color. Había en el ambiente un olor que supo captar en el acto. Al fondo, divisó a una pareja, hombre y mujer, sentados ante una mesa y profundamente concentrados en el cigarrillo que fumaban alternativamente.

Tres o cuatro mujeres pintarrajeadas, estaban junto a la barra. Otras se hallaban en distintas mesas, en busca de clientes. La atmósfera estaba cargada de olores a cosméticos, cerveza barata, tabaco y marihuana.

Barr se acercó al mostrador. Una mujer de ojos acuosos y pechos como vejigas llenas de manteca, se le acercó displicentemente.

—Hola —dijo.

—Whisky.

La mujer trajo la botella y un vaso.

—Un dólar —pidió.

Barr puso un billete de diez sobre el mostrador. Ella fue a retirarlo, pero Barr lo mantuvo firmemente sujeto.

—Puedes ganarte nueve —dijo.

—¿Te gustan los numeritos especiales? —rió ella—. Eso cuesta mucho más de nueve «pavos», so tonto.

—Leda Armblack —dijo él, impasible.

—Ah, comprendo. No sé dónde...

—Diez más.

—Eso ya es ponerse en razón. Tendrás que esperar.

—¿Por qué?

—Ha ido con un cliente arriba.

—Esperaré.

Barr puso otro billete.

—Avísame cuando se vaya el tipo.

—Descuida.

Dos mujeres se le acercaron sucesivamente. La *barmaid* despachó a la segunda.

—No te esfuerces, Julie; ha venido por Leda.

—Lo siento —dijo la mujer. Le miró apreciativamente—. Me gustas —añadió.

—El sentimiento es mutuo. Otro día. Julie —sonrió él.

La joven se marchó. Barr encendió un cigarrillo.

Al cabo de un rato, la encargada le tocó en un brazo.

—El cliente de Leda se marcha —susurró.

Barr volvió la cabeza. Un hombre se alejaba hacia la salida. Barr creyó ver en el tipo algo conocido, pero el sujeto desapareció rápidamente.

—Habitación número trece —indicó la mujer de la barra.

—Gracias.

Barr se encaminó hacia la escalera que conducía al primer piso. Buscó la puerta señalada con el número trece y abrió sin llamar.

Entonces sintió náuseas. La cabeza le dio vueltas. Tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para no vomitar.

Leda yacía en la cama, completamente desnuda, sobre un lago de sangre. Tenía el vientre abierto desde el esternón hasta los muslos y había en sus pechos dos dobles cortes en aspa. Sus ojos estaban horriblemente abiertos, como su boca y su garganta, seccionada de oreja a oreja.

El lugar parecía un matadero. Barr se preguntó cómo era posible que el asesino no se hubiera manchado de sangre.

¿Y por qué tanto ensañamiento?

Había una explicación: se tomaría como el crimen cometido por un maníaco sexual. Nadie supondría que Leda había sido asesinada para que no revelase una información de gran importancia.

Cerró la puerta y limpió cuidadosamente el pomo. Abajo, pensó, había quien podía quizá compensar la ausencia de Leda.

Bajó con aire natural y se acercó a Julie.

—Leda tiene dolor de cabeza —sonrió.

Julie se puso inmediatamente en pie.

—Si no te importa, me gustaría mejor en mi apartamento —dijo.

—Es una idea llena de aciertos. Compra un par de botellas de lo bueno; yo lo pagaré.

Julie le guiñó un ojo.

—No te arrepentirás —aseguró.

CAPÍTULO IX

Julie entró en el apartamento. Barr llevaba las botellas y las puso sobre una consola.

—Aguarda —dijo ella—. Voy a buscar hielo. Ponte cómodo, ¿quieres, encanto?

Barr sacó un cigarrillo y se lo puso entre los labios. Julie vino poco después, con una bata corta de seda negra y el cabello suelto. Se había aligerado el rostro de maquillaje y, aunque se veía claramente que era mayor de lo que aparentaba, resultaba más atractiva.

Julie llenó los vasos y puso hielo. Luego levantó el suyo.

—Salud —sonrió.

Barr tomó un pequeño sorbo. Luego dijo:

—Julie, tienes que saber algo. No he venido aquí para... pasar el rato contigo. Por supuesto, te indemnizaré... Y no pienses tampoco que quiero cosas retorcidas. Sólo un poco de información.

Ella alzó una ceja.

—¿Policía?

—No. Escucha. No he podido hablar con Leda. Ella tenía un amigo, que estuvo cierto tiempo en la cárcel. Era sanitario.

—Lo recuerdo. Sé el nombre. Jack, pero nada más...

—Algo es algo —sonrió Barr—. ¿Eso es todo lo que sabes?

—Bueno, cuando Jack salió de la cárcel, ya no quiso saber nada con Leda. Ella se lo tomó con mucha filosofía y dijo que no eran hombres los que escaseaban en el país. Aunque ahora hay demasiados «gay».

—Sí, es una peste —convino el joven—, Julie, si llegas a saber dónde puedo encontrar a Jack, llámame inmediatamente

Barr sacó un billete de a cien y lo puso en la consola, bajo una de las botellas, añadiendo a continuación una tarjeta de visita.

—Por las molestias —añadió.

—Es demasiado —objetó ella.

—No vale la pena.

Barr se acercó a la puerta. De pronto. Julie reparó en algo.

—¿No te lo quiso decir Leda?

—No podía. Está muerta.

Julie se puso una mano en la boca.

—Bromeas...

—Hablo muy en serio. La mató el tipo que había llegado antes que yo. Está destrozada.

—¡Dios mío! —Julie se sentó de golpe en el diván—. No... no dijiste nada al salir...

—Si lo hubiera dicho, se habría armado el gran jaleo y quería hablar contigo. De todos modos, cuando te interroguen, di que... estuvimos un buen rato juntos. Me llamo Johnny. ¿Entendido?

—Sí.

—El nombre verdadero figura en la tarjeta. Guárdala donde no la vean. —Barr frunció el ceño—. Quizá lo digan otros: si no lo hacen, procura comentar que quizá murió por culpa de Jack.

«Lo cual, en el fondo, es la verdad», pensó.

—¿Crees que ha sido él? —preguntó Julie.

—No, pero haber sido su amiga sí le ha resultado fatal.

—Te llamaré, si consigo averiguar algo.

—Gracias. Julie. No vuelvas al Triton's hasta mañana.

—No pensaba hacerlo.... Johnny.

—Eres una buena chica.

Barr asió el picaporte. De pronto, se volvió hacia ella.

—Viste al tipo que estuvo con Leda. ¿Le conocías?

—No, nunca había estado allí, que yo sepa.

—Gracias. Adiós, Julie.

* * *

—Pero si Leda había sido abandonada por Jack, no tenía por qué saber nada del millón de dólares —dijo Harmony al día siguiente.

Barr sostenía en las manos un enorme montón de paquetes, que contenían las ropas adquiridas para Ricky. Además, le habían comprado libros de cuentos y algunos juguetes. A Barr le resultaba difícil mantener en equilibrio tantos bultos.

—Parece ser que rompieron a poco de salir él de la cárcel —contestó Barr—. Además, ella iba a visitarle semanalmente. Con toda seguridad. Jack le dijo algo.

—Y para que no hablase...

—La asesinaron.

—He leído los periódicos esta mañana. Creo que el cadáver ofrecía un aspecto espantoso.

—Tendrías que haberlo visto. Anoche no pude probar bocado.

—Por favor, no lo menciones —rogó Harmony—. Ah, ahí viene Ricky. El chico salía de los lavabos. Resplandecía de felicidad.

—Theo, deja que lleve algunos paquetes —se ofreció, cortés.

—Oh, no es necesario, ya me arreglaré. Gracias, de todos modos —contestó el joven.

Emprendieron el descenso. Poco después, salían a la calle.

Barr tenía el coche a poca distancia y caminaron por la acera, charlando de temas sin trascendencia. De pronto. Barr vio a un tipo que se acercaba a su automóvil.

Era un sujeto de aspecto normal, con un portafolios en la mano izquierda. Barr levantó las cejas al verle manipular en la cerradura.

—Quieren robarme el coche —dijo—. Se va a llevar una buena sorpresa. Quietos, no os mováis.

Harmony y el chico se detuvieron en el acto. El ladrón, apreció Barr, usaba una ganzúa, lo que le permitió abrir con toda facilidad, sin despertar las sospechas de la gente.

—¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Quieren robarme el coche! ¡Detengan al ladrón! ¡Socorro, socorro!

La gente empezó a volverse. El ladrón, desconcertado, dio un salto hacia atrás.

Un policía empezó a correr desde la otra esquina. En el mismo instante, se acercó otro coche, cuyo conductor lo hizo parar en seco, con gran ruido de frenos y neumáticos chirriantes.

El ladrón se metió en el vehículo, sin soltar su portafolios, y el conductor arrancó en el acto. Harmony reía a carcajadas.

Ricky palmoteaba alborozadamente.

—Es un buen truco. Theo —exclamó—. Así evitas que te roben el coche, ¿verdad?

—En efecto. Es una grabación, que dejo conectada cuando me apeo. Si alguien abre sin mi permiso, la cinta se pone en funcionamiento y...

Una terrorífica explosión le interrumpió en aquel instante. El estruendo pareció hacer retemblar el suelo.

Instintivamente, volvieron la cabeza. A unos cien metros de distancia, el techo de un automóvil volaba por los aires, mientras que los costados estaban abiertos por la indescriptible violencia de la explosión.

El coche, completamente destrozado, ardía de punta a punta. A pocos pasos de distancia, se divisaba un horrible bulto, que había sido un hombre y que estaba incompleto, porque le faltaban la cabeza y algunas de las extremidades.

Barr puso una mano ante la cara del chico y le obligó a volverse.

—No mires. Ricky.

Harmony estaba terriblemente pálida. Barr hizo un gesto de asentimiento, que ella comprendió de inmediato.

Había una enorme confusión en la ancha avenida. Barr dio un paso hacia adelante.

—Será mejor que nos volvamos a casa —propuso.

—Theo, ¿qué le ha pasado a ese coche? —preguntó Ricky, apenas estuvieron acomodados en el del joven

—Probablemente, algún defecto de fabricación —mintió Barr.

* * *

—¿Crees que la bomba era para ti?

Barr dijo sí con la cabeza. Luego llenó la taza de la muchacha.

Ricky estaba ya dormido. Harmony no había querido marcharse hasta tener la ocasión de hablar con el joven a solas. Ella se sentía verdaderamente asustada.

—Pero... son unos desalmados... No lo digo por mí, sino por Ricky. El chico podía haber muerto...

—Tal vez pensaron que no lo tenía conmigo. Alguien les señaló mi coche, eso es todo.

—Con una bomba en el maletín.

—El tipo se aturdió al oír las voces que salían del coche. Era algo que no se esperaba en absoluto. Perdió la cabeza y se marchó con el maletín, sin darse cuenta de que llevaba la bomba consigo. Esa es la explicación.

—Theo, están decididos a conseguir el millón de dólares. Ese chico corre verdadero peligro. Deberíamos hacer algo...

—Ricky no corre peligro alguno, salvo el de un posible secuestro. Los que sí corren riesgos, son los que están a su alrededor. Por eso deberías dejar de vernos una temporada.

—Ni lo sueñes —contestó Harmony con vehemencia—. Te diré una cosa, Theo; me he encariñado con el niño. Nunca he sido otra cosa que una chiquilla mal criada, a la que daban todos los caprichos y no le negaban nada, por disparatado que fuese.

—Vaya, reconoces tus defectos —sonrió él.

—Si no hubiera sido así, ¿me habría dejado engañar por Coster? —dijo la muchacha, mirándole de frente.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Barr intencionadamente.

Harmony asintió.

—Hace un par de días, estaba horriblemente deprimida, ya conoces los motivos. Pero creo que he sabido sobreponerme.

—Te felicito.

—Y ahora, a lo que íbamos. ¿Por qué no dejas que me lleve el chico a casa? Allí estará bien atendido; hay gente de sobra y los riesgos de un secuestro quedarán casi completamente eliminados. ¿Qué te parece?

Barr se acarició el mentón.

—¿Me dejas que lo piense hasta mañana?

—¿Tanto te cuesta tomar una decisión?

—Pienso en tu madre. Harmony.

—Sí —convino ella desmayadamente—. A veces es un poco... altiva. Lo siento, te lo dije con toda sinceridad.

—Gracias, sé que te había salido del corazón. Pero no te preocupes por el chico; no permitiré que le pase nada.

Harmony trató de sonreír, a la vez que recogía su bolso.

—Todavía me zumban los oídos —dijo—. ¡Vaya petardo!

—Sí, hizo un poco de ruido —convino él. Y, en el mismo momento, sonó el teléfono—. Dispénsame...

Barr levantó el aparato, mientras Harmony agitaba su mano desde la puerta. Ella se marchó y el joven se aplicó a contestar a la llamada.

Una voz desconocida preguntó:

—¿Hablo con el señor Barr?

—Sí. ¿Quién es usted?

—Mire, eso no importa ahora. Lo único que quiero que sepa es que era muy amigo del tipo que iba a ponerle la bomba en el coche. Le engañaron como a un chino.

Barr se sintió instantáneamente atraído por aquellas palabras.

—¿Qué es lo que trata de decirme?

—Hablé con Rheb poco antes de que volara en pedazos. Me dijo que le habían contratado para dejarle el maletín en el coche, a fin de darle un susto. Se llamaba Rheb Deephy, ¿sabe?

—Continúe —dijo Barr con voz tensa.

—Rheb me dijo que el maletín tenía una bomba de humo, que funcionaría automáticamente. No era así, había dinamita, mucha dinamita.

—Lo sé. ¿Y...?

—Y yo quiero que le dé lo suyo al hijo de perra que engañó a mi amigo. Se llama Carleton Ames.

—Es un tipo muy poderoso.

—Usted no es manco. Sacúdale de firme.

—Amigo, haré lo que pueda. Pero ya que estamos en vena de confidencias, ¿puede decirme quién se «cargó» a Leda Armblack?

—No tengo ni idea, señor Barr.

—¿Conoce a su fulano, Jack, el que salió de la cárcel hace algunas semanas?

—No, tampoco. Adiós, ya he hablado bastante.

Barr colgó el teléfono y se pellizcó el labio inferior varias veces. No le extrañaba en absoluto que Ames hubiese tenido que ver con el intento de asesinato. Pero ¿por qué recurrir a un truco tan burdo, engañando al hombre que debía dejar el maletín dentro del coche?

Sólo había una explicación. Ames estaba bien informado de todos sus asuntos y sabía que tenía un coche muy peculiar. Deephy había sido un habilísimo ladrón de coches, un tipo que no se mezclaba nunca en asuntos violentos. Ames le habría convencido con un par de cientos y...

Hizo un gesto con la mano, como si echase algo a lo alto.

—Y, ¡paf!, voló por los aires —murmuró.

Encendió un cigarrillo y subió al primer piso. Se asomó a la puerta de la alcoba de Ricky. El chico dormía profundamente, con el sueño de la inocencia.

¿Era cierto que conocía el paradero de un millón de dólares?, se preguntó.

Tal vez su padre le había dicho alguna frase que podía resultar una clave. Sería cosa de volver a interrogarle, aunque con la debida discreción.

Porque ahora él también estaba interesado en encontrar el millón de dólares, pero para devolverlo, porque así les dejarían en paz y no volverían a molestarles más.

CAPÍTULO X

Barr se decidió por fin a llevar a Ricky a la casa de Harmony, cosa a la que el chico se plegó de muy buena gana. Ataviados ambos con sus mejores ropas, se presentaron en la mansión poco después de las nueve de la mañana.

Una doncella abrió y les miró con amable sonrisa.

—Conque éste es el chico que anunció esta mañana la señorita Harmony —dijo—. Bien venido a casa, Ricky; yo soy Sylvia.

—Encantado, Sylvia —contestó Ricky con su graciosa espontaneidad—. Este es Theo Barr, mi amigo. Quizá un día sea mi papá adoptivo, ¿sabes?

—Sería maravilloso. Ricky. ¿Cómo está, señor Barr? ¿Quieren pasar, por favor?

—Gracias. No veo al imponente Jameson...

—Está sirviendo el desayuno a los señores. Ahora iré a anunciarles que han llegado, señor Barr.

—Sí que desayunan tarde —comentó el joven.

Sylvia hizo una mueca significativa. «Pueden hacerlo», dijo en silencio.

Y se dispuso a cruzar el amplio vestíbulo, pero, en el mismo momento, salieron voces destempladas a través de una puerta entreabierta.

—¡No, no quiero aquí a ese delincuente en potencia! —gritó crispadamente la señora Studder—. Podrá ser un chico maravilloso, pero para ti, hija; para mí, es una cría de forajido, como su padre.

—Mamá, por favor; Ricky es...

—No insistas, hija; ya he tomado una decisión y no pienso alterarla. ¿Más café, Ramsay?

—No, gracias, Charlotte —contestó el señor Studder—, Dime una cosa: ¿por qué no quieres complacer a tu hija? Sólo serán unos cuantos días...

—Mira, Ramsay, yo no digo que el niño no tenga buenas cualidades —contestó la señora Studder, dulcificando un tanto su actitud—. Pero no..., no es..., bueno, nosotros tenemos una posición y...

—Charlotte, parece que te has olvidado de los buenos tiempos en que limpiabas pescado en mi pequeña fábrica, para ahorrarme el salario de una obrera. Ahora te crees una aristócrata y has limpiado más atunes, más caballas y más sardinas que pelos tienes en la cabeza. Y en los descansos, le dabas el pecho a tu hija, aquí presente.

—Ramsay, por Dios, no seas grosero; Jameson está presente —protestó la madre de Harmony.

—¿Y qué demonios me importa a mí que esté o no esté? Ahora tenemos el dinero a carretadas, pero seguimos siendo los mismos que hace veinte años, cuando rajabas las tripas de los atunes y los hacías

pedazos para enviarlos a la envasadora. Si Harmony quiere que el chico se quede en casa, se quedará.

—Pues yo me encerraré en mi habitación...

Barr tiró de la mano del chico.

—Vámonos, Ricky; aquí no vas a estar nada bien —dijo.

Con el maletín en la mano izquierda y la mano de Ricky en la derecha, se encaminó hacia la puerta. Sylvia les miró con simpatía al abrir la puerta.

—Lo siento tantísimo —murmuró.

Barr sonrió.

—No le diga a la señorita que hemos estado en casa —solicitó.

—Como usted prefiera, señor Barr.

—Adiós, Sylvia. Celebro haberte conocido —dijo Ricky.

—Eres un chico precioso —contestó la doncella—, ¿Me das un beso?

—Anda —sonrió el joven—. Eso te lo pide a ti y no a mí, porque te la has metido en el bolsillo.

Sylvia se echó a reír, y luego abrazó y besó tiernamente al chico.

—Que tengas suerte, Ricky.

—Gracias, Sylvia.

Salieron de la casa, cruzaron el jardín y subieron al coche. Barr comprendió que debía hacer algo para paliar la decepción que había sufrido el chico.

—Ricky —exclamó de pronto—, ¿qué te parece si nos fuéramos al Parque de Atracciones?

—¡Fantástico! —dijo el chico alborozadamente—. ¡Has tenido una idea maravillosa, Theo!

* * *

Cansados, después de un día excitante, volvieron a casa, a media tarde. Barr envió a Ricky a darse un buen baño. Luego se quedó en mangas de camisa y se dispuso a hacer una llamada. En el mismo instante, sonó el timbre de la puerta.

Al abrir vio a una mujer de unos treinta y cinco años, de aspecto agradable, que traía un paquete en la mano.

—¿Es usted el señor Barr? —preguntó.

—Sí...

—Me llamo Betty Crane y soy la maestra de Ricky. Bueno, lo fui una corta temporada, ya que su tutor, el señor Barclay, sacó al chico del colegio...

Barr se echó a un lado.

—Pase, señorita Crane —invitó—. ¿Quiere tomar una taza de café?

—Oh, no, gracias, voy algo corta de tiempo... Aquí le traigo un par de libros y un cuaderno con algunos deberes hechos por Ricky. Dibujaba bastante bien para su edad, ¿sabe?

—Es un chico muy despejado. Pero ¿cómo se ha enterado de que lo tengo en casa?

—Ha sido una simple casualidad. Paso casi siempre por aquí al regreso de mis clases y lo he visto un par de veces en el jardín. Me enteré también de que el señor Barclay había sido asesinado y...

—Comprendo, muchas gracias.

—Es un chico muy despierto e inteligente. Ahora ya vienen las vacaciones de verano, pero no permita que llegue el próximo curso sin haberse matriculado. Dejar sin cultivar esa mente sería un crimen, señor Barr.

—Procuraré que eso no suceda, señorita Crane.

—Ricky se lo merece todo. Tuvo una infancia muy desgraciada y... A veces se sentía muy infeliz, porque todos los chicos tenían padres. Su madre murió de sobrepeso y su padre... Bueno, ya conoce la historia, me parece,

—Desde luego.

—Ricky fue a visitar a su padre en la cárcel unas cuantas veces. Yo desaconsejé esas visitas y entonces, al poco tiempo, su tutor se lo llevó. No podía evitarlo, compéndalo.

Barr alzó las cejas.

—Ha dicho que Ricky visitaba a su padre en el presidio.

—Sí, justamente.

—Él no ha mencionado jamás... Señorita Crane, gracias por su amabilidad y, créame, Ricky volverá a ser su alumno el curso próximo.

—Me sentiré encantada de tenerlo en mi clase —contestó la maestra.

Al cabo de unos momentos, Barr, una vez solo, abrió el paquete y extrajo un par de libros y un cuaderno de tapas negras, cuyas páginas hojeó distraídamente. Sí, para sus cortos años, Ricky dibujaba bastante bien.

Pero ahora había un problema que le preocupaba sobremanera. Subió al primer piso y entró en el baño. Ricky estaba secándose y sonrió al verle.

—Me siento como nuevo. Theo —dijo—. He pasado un día maravilloso...

—Ahora prepararé la cena y luego veremos un rato la televisión. Pero sólo hasta las nueve, ¿entendido?

—Como tú digas. Theo.

Barr se acuclilló frente al chico.

—Ricky, quiero que me digas una cosa —murmuró.

—¿Te refieres a lo que decía la mamá de Harmony? Bah, estoy acostumbrado. Algunos chicos me lo decían en el colegio, aunque la señorita Crane se esforzaba por evitarlo.

—Entonces, tú sabías que tu padre había estado preso.

—Sí, pero no quería decírtelo... Me daba un poco de vergüenza, compréndelo.

Barr abrazó al muchacho. Ricky continuó:

—Mi tía me llevaba a verle y discutían horriblemente. Papá se interesaba mucho por mis trabajos y yo le enseñaba el cuaderno de deberes escolares. Él me hacía correcciones en los dibujos y...

—Basta, no sigas. Ricky, tienes que olvidar ese pasado, ¿entiendes?

—Haré lo que me pidas, Theo.

—A partir de ahora, todo será distinto para ti. No sé si conseguiré que me permitan adoptarte, pero voy a dar los pasos necesarios para que me nombren tu tutor legalmente. Un día, seguramente, me casaré... y entonces sí podré adoptarte. ¿Te parece bien?

—¡Estupendo. Theo! ¿Ya no me separaré más de ti?

—Nunca, Ricky, te lo prometo.

Barr se incorporó. «¿Tengo los ojos húmedos?», se preguntó. Agarró de la mano al chico y tiró de él.

—Vamos a preparar la cena. ¡Tengo un hambre de lobo!

—¡Y yo de lobezno! —gritó el chico jubilosamente.

* * *

De pronto, en el absoluto silencio de la noche. Barr creyó oír un extraño ruidito en la planta baja.

Aguzó el oído. Alguien abrió una puerta, cuyas bisagras chirriaron levemente. Barr debía haberlas engrasado, pero se había descuidado en los últimos días. Sí, había un intruso.

Echó a un lado las ropas de cama y abandonó la alcoba. Desde lo alto de la escalera, percibió un tenue resplandor. Alguien estaba registrando las habitaciones de la planta baja. Ahora estaba en su despacho particular.

Paso a paso, descendió sin hacer ruido. Cuando llegaba al salón, vio a un individuo que salía del despacho, con un objeto en la mano.

La oscuridad era absoluta y no pudo captar detalles de sus facciones, pero sí el sobresalto del intruso. Barr disparó su puño y golpeó un hombro.

El tipo se quejó, abrió los brazos y soltó el objeto que se llevaba. Barr se aprestó a darle otro golpe, pero, entonces, vio un pie que buscaba venenosamente su entrepierna y saltó hacia atrás. Entonces, el intruso echó a correr hacia la ventana que estaba abierta, se tiró de cabeza por el hueco, pasó al otro lado, rebotó ágilmente y escapó como alma que lleva el diablo.

Barr desistió inmediatamente de la persecución. Al consultar la hora, vio que eran más de las cuatro de la madrugada. El ladrón se habría perdido en las tinieblas con toda facilidad.

Pero había evitado que se llevase algo. Al encender la luz, vio en el

suelo el cuaderno de deberes de Ricky.

Inclinándose, lo recogió, llevándolo de nuevo a su mesa de despacho.

—Debió de confundirse —supuso, hablando consigo a media voz—. Seguramente, buscaba otra cosa...

Metió el cuaderno en un cajón y volvió a su dormitorio, satisfecho en parte, por haber hecho huir al ladrón. Pero le hubiera gustado saber qué buscaba aquel sujeto.

A pesar de todo, consiguió reanudar el sueño. A las siete y media se levantó y despertó poco después a Ricky.

—Cuando estés aseado, baja a desayunar.

—Sí. Theo.

Harmony llegó inesperadamente, antes de que terminasen el desayuno. La muchacha tomó la silla que le ofrecía Barr.

—Estuve llamándote todo el día. Habíamos quedado en que llevarías a Ricky entre nueve y diez de la mañana —dijo.

—Sí, lo sé.

—Y estuviste en mi casa y te marchaste.

—Tu madre tiene un genio de todos los diablos, Harmony —terció el chico—. ¿Es cierto que rajaba las tripas de los atunes?

Harmony se sofocó vivamente.

—Ricky, tendrás que moderar tu lenguaje —contestó—. Theo, siento muchísimo lo ocurrido. Sylvia me lo contó por la noche. Me vio tan desazonada, que no lo pudo resistir, aunque tú le habías dicho que lo callase. Estoy verdaderamente avergonzada...

—Tú y tu madre sois distintas, pero no podía dejar a Ricky en aquel ambiente.

—Comprendo. Papá se puso furioso con ella...

—También lo sé. Exprésale mi gratitud cuando lo veas.

Harmony se puso rígida.

—Parece que no soy bien acogida en esta casa —dijo.

—A mí me gustas mucho. Harmony —exclamó el chico—. Theo dice que va a pedir que le nombren mi tutor y que, cuando se case, podrá adoptarme. Si te casaras con él, me adoptaría en seguida y tú serías mi mamá.

—Pero él no querrá. Ricky —contestó la muchacha.

—Theo sabe lo que se hace —dijo Ricky con gravedad impropia de sus pocos años.

—Ya has oído, Harmony —intervino Barr.

Ella se puso en pie.

—Lo siento. Lo siento horrores —dijo, mordiéndose los labios para no echarse a llorar.

Barr y Ricky la miraban impasibles. De pronto. Harmony golpeó el suelo con el tacón de su zapato derecho.

—¡No me miréis así! —exclamó crispadamente—. ¡No soy un bicho

raro!

—Eres una chica muy guapa, pero si Theo no quiere casarse contigo... Esperaré a que encuentre otra esposa —dijo Ricky.

Hubo un momento de silencio. Harmony inspiró con fuerza.

—Está bien. Adiós... y suerte a los dos.

—Suerte, Harmony —contestó Ricky.

Barr permaneció silencioso. Harmony dio media vuelta y salió con paso cansino de la casa.

Al cabo de unos momentos, Barr se encaró con el chico.

—Ricky, tengo que salir. Quédate con Maisie y no te muevas de casa bajo ningún concepto, ¿entendido?

—Descuida, Theo.

CAPÍTULO XI

Barr regresó a su casa a la hora del almuerzo. Ricky le miró con interés.

—Estás muy cansado —observó.

—Sí, bastante. Me he pasado la mañana caminando de un lado para otro y no he conseguido nada.

—Te traeré una cerveza. Siéntate, no te molestes. Theo.

Barr se derrumbó en el diván. Tenía la cabeza llena de pensamientos confusos y contradictorios. Casi no sabía ya qué hacer.

Ricky vino con una lata de cerveza, ya abierta, y se sentó en un taburete bajo, frente a él, con los codos apoyados en las rodillas y la cara en las manos.

—¿Te gusta tu oficio, Theo?

—Hombre...

Alguien llamaba a la puerta en aquellos momentos. Ricky se levantó y corrió a abrir. Un hombre de unos cincuenta años, apareció en el umbral.

—Hola, chico. Tú eres Ricky Van Donnen —dijo el recién llegado.

—Sí, señor.

—Soy Ramsay Studder. ¿Está el señor Barr en casa?

—Aquí me tiene, señor Studder —contestó el joven, a la vez que se ponía en pie—. Pase, por favor.

Studder entró.

—Es un chico estupendo —sonrió—. Celebro conocerle, señor Barr. Todavía tengo que darle las gracias por lo que hizo en mi favor, en el asunto Zardo.

—Resultó sencillo —dijo Barr.

—Harmony me lo contó todo, «todo» —añadió Studder significativamente.

—No tiene que reprocharle nada. Todos tenemos derecho a equivocarnos.

—Incluso mi mujer.

—¿Cómo?

—Harmony fue a mi despacho a verme, esta misma mañana. Sé que usted estuvo ayer en mi casa y que oyó una cordial conversación durante el desayuno. Deseo expresarle mis simpatías y quiero que nos disculpe.

—Eso no tiene importancia; ya lo hemos olvidado. ¿Verdad. Ricky?

—Sí, Theo, ya lo hemos olvidado.

Studder sonrió.

—Puede llegar a ser algo, si se le cuida debidamente —dijo.

—Yo me ocuparé de eso —respondió Barr—. ¿Desea algo más de mí?

—Iba a proponerle algo.... pero no quisiera que pensase que se trata

de una compra.

Bien, hable y veremos si me vendo o no.

—A finales de año, se retira el jefe de seguridad de las empresas Studder. He pensado que necesitaré un buen sustituto, joven, leal y con imaginación. Quizá le interese el puesto.

—Hay tiempo todavía —contestó Barr.

—La oferta seguirá en pie, independientemente de lo que pueda haber entre usted y Harmony. Trate de entender mi postura.

—Se lo agradezco infinito.

Studder miró al chico y sonrió.

—Comprendo que Harmony esté embobada con él —dijo.

El teléfono sonó en aquel instante. Barr se separó del padre de Harmony.

—Dispense. —Levantó el aparato—. Soy Theo Barr.

—¡Theo! —exclamó una mujer—. ¡Habla Julie! Tengo algo interesante que comunicarte.

—¿Seguro?

—Sí. Escucha, ya sé cómo se apellida Jack, el fulano de Leda. El apellido es Zardo.

—¡Zardo! —repitió el joven explosivamente.

—Sí. Pero no sé dónde está ahora...

Barr reflexionó unos instantes. Al fondo, Studder, arrodillado en el suelo, conversaba animadamente con Ricky.

—Julie, muchas gracias, pero creo que sé dónde encontrarle —dijo—. Ya te enviaré un buen obsequio...

—Aguarda, aún no he terminado del todo. Una amiga mía estuvo oyéndole hablar por teléfono el otro día. Jack decía no sé qué de un cuaderno... No puedo decirte más, pero quizá esto te sirva de algo.

—¡Un cuaderno! —repitió el joven—. ¡Claro, ahí está la solución! Julie, no sabes cuánto te lo agradezco. En cuanto pueda, iré a llevarte lo que te mereces. Una cosa, ¿has repetido esto que me has dicho a otras personas?

—No, en absoluto; no se lo he dicho a nadie más.

—Guarda silencio. Recuerda a Leda.

—Me siento enferma cada vez que pienso en ella —confesó Julie.

—Si eres discreta, no te pasará nada. Bueno, iré a verte en cuanto me sea posible.

Barr colgó el teléfono. Entonces se dio cuenta de que Ricky había desaparecido.

—Por todos los...

Corrió hacia la puerta y respiró, aliviado. Ricky estaba en el jardín con Studder, quien tenía en las manos una cesta de mimbre, cuya tapa levantaba en aquellos momentos.

Ricky lanzó un grito de alegría. Studder sacó de la cesta un cachorrillo

blanco y negro y lo puso en las manos del chico.

—Mi perro, mi perro... —dijo Ricky—. Le llamaré «Poppy»... Gracias, señor Studder, es el mejor regalo que me han hecho en mi vida.

—No te lo he hecho yo; lo compró Harmony y dijo que te lo trajese —contestó Studder.

—Entonces, dele las gracias y dígle que es la chica más buena que he conocido.

Ricky estaba embobado con el cachorrillo. Lo puso en el suelo y echó a correr.

—Ven, «Poppy»...

El perro corrió alegremente detrás del chiquillo. Barr y Studder cambiaron una mirada.

—La oferta sigue en pie —dijo el segundo.

Barr contestó con un gesto afirmativo. Studder agitó una mano y subió a su coche.

Y el joven entró en su casa, preguntándose por la forma mejor de enfrentarse con Jack Zardo, aunque, en cierto modo, era algo secundario.

Julie le había dado una pista valiosa y era preciso seguirla hasta el final.

* * *

Estaba sentado tras la mesa de su despacho, hojeando el cuaderno de Ricky. Desde allí, podía ver al chico en el diván. Ricky y el perro dormían apaciblemente. Sonrió y volvió su atención a los dibujos.

Había correcciones del padre, saltaba a la vista. Uno de los dibujos representaba una casa, en la costa, sobre unos acantilados, con un serpenteante camino de acceso.

Ricky había pintado un pirata, con su parche negro sobre el ojo izquierdo, la pata de palo y el sable de abordaje en la mano derecha. El sable apuntaba hacia un árbol, de una de cuyas ramas pendía un ahorcado.

Barr intentó traspasar el sentido ingenuo del dibujo. Al pie del árbol del ahorcado, se veía un cofre del tesoro.

¿Tenía aquel dibujo alguna relación con el millón de dólares?

El chico despertó en aquel momento. Barr le hizo una señal con la mano.

—Ven, Ricky.

Ricky avanzó tranquilamente. Barr le enseñó el dibujo.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Ah, es la casa de Brave Cape. Papá quería comprarla y hasta dio una señal, pero luego...

—¿Estuviste allí en alguna ocasión?

—Sí, un par de veces. No me gustaba mucho; no hay cerca un río para

pescar...

—¿Qué significa el pirata?

—Bueno, es el dueño del tesoro que ha escondido al pie del árbol. El hombre ahorcado era su segundo, que quería amotinar a la tripulación. El capitán pirata lo ahorcó, para escarmiento de los marineros.

—Y el tesoro está escondido bajo el árbol.

—Sí, pero es una historia —contestó Ricky.

«Poppy» ladró en aquel momento y el chico le abandonó. Barr sonrió para sí.

—Resulta lógico que Ricky ignorase dónde está escondido el botín —murmuró—. Ni lo ocultaba en el subconsciente, ni tiene ningún tatuaje... —Golpeó el cuaderno con el índice—. ¡Es la forma más segura de indicar la pista del millón de dólares!

Y ahora comprendía por qué Jack Zardo había intentado robar el cuaderno.

* * *

El sendero, bastante descuidado, ascendía por la suave pendiente hacia la planicie donde se hallaba la casa, y al otro lado de la casa estaban los acantilados de la costa. Sí, el nombre, Cabo Bravo, estaba perfectamente aplicado. Pero los inviernos allí, con el edificio expuesto a todos los vientos, no debían resultar muy agradables.

Los pocos árboles que había en la pequeña planicie estaban inclinados hacia el sur. Había uno, sin embargo, más alto que los restantes. Era un viejo cedro, que había resistido victoriosamente los huracanes de más de un siglo.

Sin embargo, se divisaba un panorama excepcional desde la casa, antigua, de dos pisos, con tejado de pizarra. «Digna de una película de Hitchcock», pensó.

Unas cuantas gaviotas graznaban en lo alto. Barr llevó lentamente el coche hacia el lado Sur y lo estacionó al resguardo del edificio. Luego saltó al suelo. Con ojos críticos, estudió el cedro, a cuyo pie había enterrado el padre de Ricky nada menos que un millón de dólares, extraídos del Banco casi uno por uno.

Ahora ya sabía más cosas del padre de Ricky. Había sido un hombre resentido, amargado en parte por la pérdida de su esposa y también por los continuos reproches que le hacía su hermana mayor, la que había rechazado al chico. Nunca sería nada, no pasaría jamás del puesto de chupatintas en el Banco, cuidaría del dinero de los ladrones, mientras él se moría de hambre... La frustración y las continuas pullas de su hermana habían acabado por desencadenar el conflicto, concluido en su primera parte con la muerte de Van Donnen en la cárcel.

Ahora llegaba la segunda parte: desenterrar el dinero y devolverlo al Banco. Y le darían una buena recompensa: exactamente, el cinco por ciento, según se había anunciado muchísimo tiempo atrás.

—Cincuenta mil dólares, no está mal —murmuró, mientras abría el maletero, para extraer el pico y la pala que había llevado consigo.

Entonces, con las herramientas en la mano, sonó una voz a poca distancia:

—Será mejor que se olvide de ese dinero.

Barr se inmovilizó.

—Jack Zardo, supongo —dijo.

—Y su hermano Homer —añadió alguien.

Barr enarcó las cejas.

—Debí imaginarlo —murmuró.

—También tengo algo que ver en este asunto —exclamó de pronto una mujer—. A fin de cuentas, el dinero era de mi difunto hermano.

Barr se volvió. Homer Zardo sonreía burlonamente a pocos pasos de distancia. Su hermano le apuntaba con la pistola.

—Le presento a mi esposa Flora, Van Donnen de soltera —dijo Homer. Era una mujer alta, de grandes pechos, maciza y rostro duro y carente de simpatía.

—La que arrojó a Ricky de su casa —recordó Barr.

—No es mi hijo. No tenía por qué alimentar una boca ajena —contestó Flora.

«Ricky no me dijo jamás el nombre de sus tíos», pensó el joven. Luego miró a Homer.

—El valiente defensor de los ecologistas y demás amantes de la naturaleza, el hombre honesto que no cedía a presiones ni amenazas ni sobornos...

Zardo se encogió de hombros.

—Un millón de dólares hace ver las cosas muy distintas. Y se puede seguir pensando de la misma forma, sin dejar de ser rico.

—Sobre todo, cuando es otro el que ha conseguido ese dinero —contestó Barr agudamente.

—Es dinero, ¿no?

—Sí, pero está manchado de sangre. Barclay...

—No quiso decirnos dónde lo había escondido mi hermano —declaró la mujer.

—Seguramente, no lo sabía —dijo Barr.

—En todo caso, eliminábamos un competidor.

—¿También Leda Armblack era un competidor?

Homer se lamió el labio superior.

—Tuve que hacerlo. Jack era conocido en el *Tritons's*. Leda quería una buena tajada; conocía el asunto y amenazó con delatarnos a la policía.

—Y la destrozó a cuchilladas... —exclamó el joven asqueado.

Homer se echó a reír.

—Aún siguen buscando al asesino —contestó.

—De modo que admite que fue usted.

—Sí, pero no dejaré que lo repita a nadie. ¡Camine hacia el acantilado! Jack, encárgate de él.

—Sí, Homer —contestó el otro hermano.

—Un momento —dijo el joven—. Sólo la última pregunta. ¿Fueron ustedes los que enviaron a Deephy a ponerme la bomba en el coche?

—No —respondió Homer.

Barr echó a andar hacia el acantilado.

—Sabíamos que el dinero estaba aquí —dijo Jack a sus espaldas—. Tuve tiempo de ver el cuaderno, antes de que usted me sorprendiera. El padre de Ricky no nos tuvo nunca simpatía. Murió sin decirme nada.

—Les conocía demasiado bien —contestó Barr.

El borde de los acantilados estaba cada vez más cerca. Repentinamente, se oyó un fragoroso estruendo de disparos de ametralladora.

CAPÍTULO XII

Barr no se entretuvo a pensar quién había puesto en funcionamiento la grabación con los sonidos bélicos. Captó el terrible sobresalto de Jack Zardo y giró en redondo, a la vez que estiraba el brazo izquierdo, para desviar la mano armada.

Luego disparó su puño con toda potencia. Zardo dio un salto en el aire y cayó de espaldas.

Barr aprovechó la ocasión y se apoderó de la pistola. Vagamente, entrevió una cabellera rubia al lado de su coche, pero no tuvo tiempo de apreciar más detalles.

Los ruidos de la grabación continuaban. Pero Homer y Flora Zardo se agitaban convulsivamente, como si bailasen una frenética danza, en estado de ebriedad.

Sin embargo, no reían. Chillaban agudamente, pero el estruendo de los disparos impedía oír sus voces. De pronto, cayeron al suelo, llenos de sangre, moviéndose todavía, aunque ya involuntariamente.

Entonces, surgieron tres individuos, a los cuales Barr reconoció en el acto.

—Llegamos a tiempo —dijo Ames.

El estrépito de los disparos se había acallado ya. Delkan y Croyt empuñaban sendas pistolas situados a los flancos del sujeto.

—Un buen truco para impresionar a la gente —sonrió Ames—. Delkan me lo advirtió.

—Tuvo ocasión de experimentarlo —contestó Barr secamente.

Dio un par de pasos laterales y luego otros dos hacia atrás. Delkan le apuntó con la pistola.

—¡No intente jugarnos una mala pasada! —amenazó.

—El sol me daba en los ojos —se disculpó Barr—. Ames, debo deducir que fue usted el que ordenó poner la bomba en mi coche.

—Sí, aunque no cuando estuviese el chico. Aquel imbécil lo estropeó todo.

—Ha sido mejor así. De este modo, han podido seguirme.

—Exacto. ¿Dónde está el botín?

Barr señaló el cedro.

—Al pie de ese árbol —señaló.

Ames hizo un gesto con la cabeza.

—Croyt, el señor Barr ha tenido la amabilidad de proveernos de herramientas adecuadas. Empieza a cavar.

—Sí, jefe.

El gigante se alejó con el pico y la pala. Delkan seguía apuntando al joven.

—Jefe, ¿qué hago con este tipo? —consultó.

—Aguarda a que hayamos comprobado que dice la verdad. Después,

le arrojuremos por el acantilado. Y a Jack Zardo también.

—Perfectamente.

Barr había retrocedido dos pasos más. Ahora estaba a poco más de un metro del coche.

Delkan le vigilaba sin cesar. Ames parecía muy interesado en los esfuerzos del otro esbirro.

Muy lentamente, de modo que Delkan no lo notase, Barr se acercó todavía más al coche. Luego, sin apenas mover los labios, pronunció un nombre.

—Harmony —dijo en voz baja.

—¿Sí, Theo?

—Cuando estornude, tecla negra.

—Está bien.

Delkan le miró en aquel instante con ojos llenos de suspicacia. Barr rogó para que el sujeto no se asomase al coche, en el que estaba escondida Harmony.

Croyt continuaba cavando. Veinte minutos más tarde, se oyó un ruido metálico.

—¡Jefe, creo que ya lo he encontrado —gritó.

—¡Sigue. Croyt —aulló Ames, lleno de júbilo.

Croyt se arrodilló y empezó a sacar la tierra con las manos.

—Hay una caja de metal —informó.

En aquel instante, Barr lanzó un fuerte estornudo.

—Sigue resfriado, ¿eh? —comentó Delkan, sarcástico.

Barr asintió. Repentinamente, dos potentes chorros de humo negro empezaron a salir por el morro y la cola del coche.

Ames lanzó un aullido. Barr saltó a un lado y se escondió en una de las nubes de humo, cuyo tamaño aumentaba rapidísimamente. Enloquecido de rabia, Delkan disparó un par de veces. Al fondo, Croyt, atónito, contemplaba la escena, sin comprender muy bien lo que sucedía.

Delkan perdió la pistola. Barr se tiró al suelo, la agarró y dio dos vueltas sobre sí mismo, justo en el momento en que Croyt hacía fuego. Barr tomó puntería y tiró bajo. El gigante lanzó un estremecedor aullido y se derrumbó, agarrándose la pierna izquierda con ambas manos.

Barr se incorporó. Ames, con los ojos fuera de las órbitas, le contemplaba atónito, sin fuerzas para reaccionar. Cuando el joven hizo un gesto con la pistola, Ames, mansamente, levantó las manos.

Barr sonrió, a la vez que sacaba algo del interior de su chaqueta.

—Una grabadora —declaró—. He registrado todo lo que dijeron los Zardo y lo que ha hablado usted.

La cara de Ames se puso gris. Sin volverse, Barr añadió:

—Harmony, ya puedes salir.

Entonces, una voz infantil sonó sorprendentemente a sus espaldas:
—Te equivocas, Theo; soy Ricky. Me... metí en el coche sin que te dieras cuenta...

Antes de que el atónito Barr pudiese reaccionar de la sorpresa recibida, oyó ruido de coches que frenaban violentamente. Harmony se apeó de uno de ellos, seguida por un nutrido grupo de policías.

—¡Eres un miserable, Theo! —le apostrofó—. ¿Cómo se te ha ocurrido poner en peligro la vida de Ricky? ¿Es que no tienes sentido común?

Los policías llegaron y se encargaron de Ames y sus secuaces. Zardo se recobraba en aquel instante, justo a tiempo de verse esposado y entre dos uniformes azules.

—Nunca habría imaginado que fueses capaz de traer a Ricky a un sitio donde podía haber muerto —continuó la muchacha roja de indignación—. Cuando fui a tu casa y vi que no estaba...

—Pero, ¿quién demonios te dijo que podía estar aquí? —preguntó Barr, que todavía no había salido de su estupefacción.

—Ricky me dijo anoche que habías estado haciéndole preguntas sobre la casa de Brave Cape. No me costó mucho deducir que era el posible escondite del dinero.

Un policía gritó en aquel instante:

—¡Teniente, aquí hay una caja llena de billetes de banco...!

Barr volvió los ojos a Ricky, que estaba de pie sobre el asiento delantero, con «Poppy» en brazos.

—Tienes que dispensarme, Theo. Yo me sentía muerto de curiosidad y...

Barr meneó la cabeza.

—Todo ha salido bien, de modo que no hay por qué hacer reproches —contestó—. Pero me contestabas en voz baja.

—Claro, yo sabía que los otros dos no habían de escucharme tampoco —dijo el chico.

Luego, Barr se encaró con la muchacha.

—¿Y bien, Harmony?

—Lo siento, Theo —contestó ella, roja como una guinda.

De pronto, dio media vuelta y echó a andar con paso rápido.

—¿Se marcha? —preguntó Ricky.

—No te preocupes; ya la «pescaremos» —sonrió Barr.

El oficial de la policía se le acercó. Barr le entregó la pistola de Delkan.

—Envíela a Balística. Además de haber sido usada contra los Zardo, muy probablemente también es la misma que empleó contra Kotts.

Suspiró. Todo había acabado ya. Ahora debería enfrentarse con los problemas legales que iba a suscitar la protección de Ricky.

El juicio comenzó con los preliminares de rigor. El juez era una mujer de unos treinta y cinco años y de aspecto agradable. Barr expuso sus pretensiones. Ricky asistía también ataviado con sus mejores galas. Faltaba Harmony. Hacía días que no la veían. Había muchos periodistas y fotógrafos, atraídos por el interés humano del caso. Y, sobre todo, por la noticia del millón recuperado gracias al dibujo de un cuaderno escolar.

Después de que Barr hubo terminado de exponer su demanda. Su Señoría dirigió una cariñosa mirada al chiquillo. Luego emitió su sentencia:

—Este Tribunal no ve inconveniente alguno en que el demandante obtenga la tutoría legal de Richard Benedict Van Donnen. Con una advertencia. El tribunal conoce también los deseos del señor Barr de convertirse en el padre adoptivo de Ricky, deseos que son compartidos por el interesado. Pero no podrá acceder a la petición mientras el señor Barr no haya encontrado a la mujer capaz de ser, además de esposa, una madre amante y cariñosa para Ricky. Caso fallado.

Sonaron algunas exclamaciones y brillaron los *flashes* de los fotógrafos. De pronto, Su Señoría palideció y pareció que iba a desmayarse.

Barr saltó al estrado y la retuvo en sus brazos.

—¡Rosalee! ¿Qué te ocurre? —preguntó.

Ella no podía apenas contestar. Alguien clamó por un médico. Barr la cogió en brazos y la llevó a su despacho oficial.

—Es la emoción del momento —comentó uno.

—Pobre mujer, se ha conmovido tanto...

—Es un caso tan apasionante...

Un médico forense acudió a los pocos momentos y despejó la estancia.

Barr y Ricky aguardaron fuera, muy nerviosos.

El galeno salió a poco, sonriendo anchamente.

—No hay que preocuparse —dijo—. Su Señoría es una mujer casada.

—Sí, pero también es mi hermana —exclamó Barr.

—Creo que Su Señoría tiene cuatro hijos, ¿no? Bueno, pues el quinto ya está en camino.

Barr volvió los ojos hacia el chico.

—Tía Rosalee va a tener otro niño —dijo.

—¡Jo, qué banda se le va a juntar en casa! —comentó Ricky.

* * *

El coche se detuvo frente a la verja que permitía el paso al jardín. Barr movió la cabeza.

—Anda, Ricky —dijo.

El chico dudó.

—¿Y si no quiere?

—Bueno, cuando quieres, tú también sabes ser muy persuasivo.
—Espero conseguirlo —dijo Ricky.
—Lo conseguirás. Puedes decirle que tienes ganas de que te acompañe a pescar...
—¿Le digo algo de ti?
—Bueno, puedes mencionar a Coster. Dile que eso ya pasó y que no me importa.
Ricky asintió y se apeó.
—«Poppy», quédate con Theo —indicó al perro.
El chico echó a andar a lo largo del sendero central. Sylvia le abrió momentos después y le abrazó cariñosamente.
—Vengo a buscar a Harmony —declaró Ricky con todo desparpajo—. ¿Puedes avisarla?
—Claro, encanto.
La muchacha apareció momentos más tarde y miró muy seria a Ricky —Hola. Harmony —saludó el chico—. Theo y «Poppy» están ahí fuera. Nos vamos de pesca. ¿Quieres salir con nosotros?
—No sé. —contestó ella muy turbada.
—Ya sabes lo que dijo tía Rosalee, bueno. Su Señoría... Theo sólo podrá ser mi tutor, mientras no se case. Entonces podría adoptarme y sería mi papá. Y tú serías mi mamá, claro.
—Pero si él no quiere...
—Bueno, no sé qué será eso de Coster, pero a él no le importa. Y a mí tampoco. ¿Qué, te decides?
Los ojos de la muchacha brillaron repentinamente.
—Si me esperas cinco minutos, iré con vosotros —exclamó, a la vez que echaba a correr hacia el piso superior.
La señora Studder apareció instantes después y contempló a Ricky con moderado interés.
—Así que este es el chico de oro —dijo.
—Sí, señora. ¿Qué, aún sigue limpiando tripas de atún?
La señora Studder se sofocó violentamente.
—Pero, qué cosas...
—Eso no tiene importancia, señora. Claro que usted es mayor y por eso limpia atunes. Harmony también limpia peces, aunque más pequeños, las truchas que pescamos Theo y yo...
Charlotte acabó por sonreír.
—Creo que el otro día no me porté demasiado bien contigo. ¿Me perdonas, Ricky?
—Claro, no soy rencoroso. Oiga, si Theo se casa con Harmony, usted será mi abuela, ¿verdad?
Sylvia tuvo que ponerse una mano en la boca para no romper en carcajadas. Charlotte asintió.
—Sí, seré tu abuela.

—¡Jo, qué suerte! Padre, madre y abuelos, todo de golpe... Cuando lo cuente en la escuela, no se lo van a creer.

Harmony apareció al poco, ataviada con camisa y pantalones vaqueros y una gran bolsa de viaje en las manos.

—Mamá, me voy el fin de semana a pescar —anunció.

—¿Truchas o marido? —preguntó maliciosamente la señora Studder.

—Las dos cosas —rió la muchacha—. ¿Vamos, Ricky?

—Cuando quieras. Harmony. Adiós, abuela. Adiós, Sylvia.

Apenas estuvo fuera de casa, Ricky echó a correr hacia el coche.

—¡Aquí te la traigo. Theo! —gritó.

Barr sonrió.

—Sabía que lo conseguirías. Ricky —dijo. Miró intensamente a Harmony—. Me alegro de verte —añadió.

La bolsa quedó en el asiento posterior. Ricky se situó entre los dos, con el perro en el regazo.

—Me llaman el chico de oro, pero no es cierto —dijo—. Mis futuros padres sí son de oro.

F I N

Table of Contents

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII